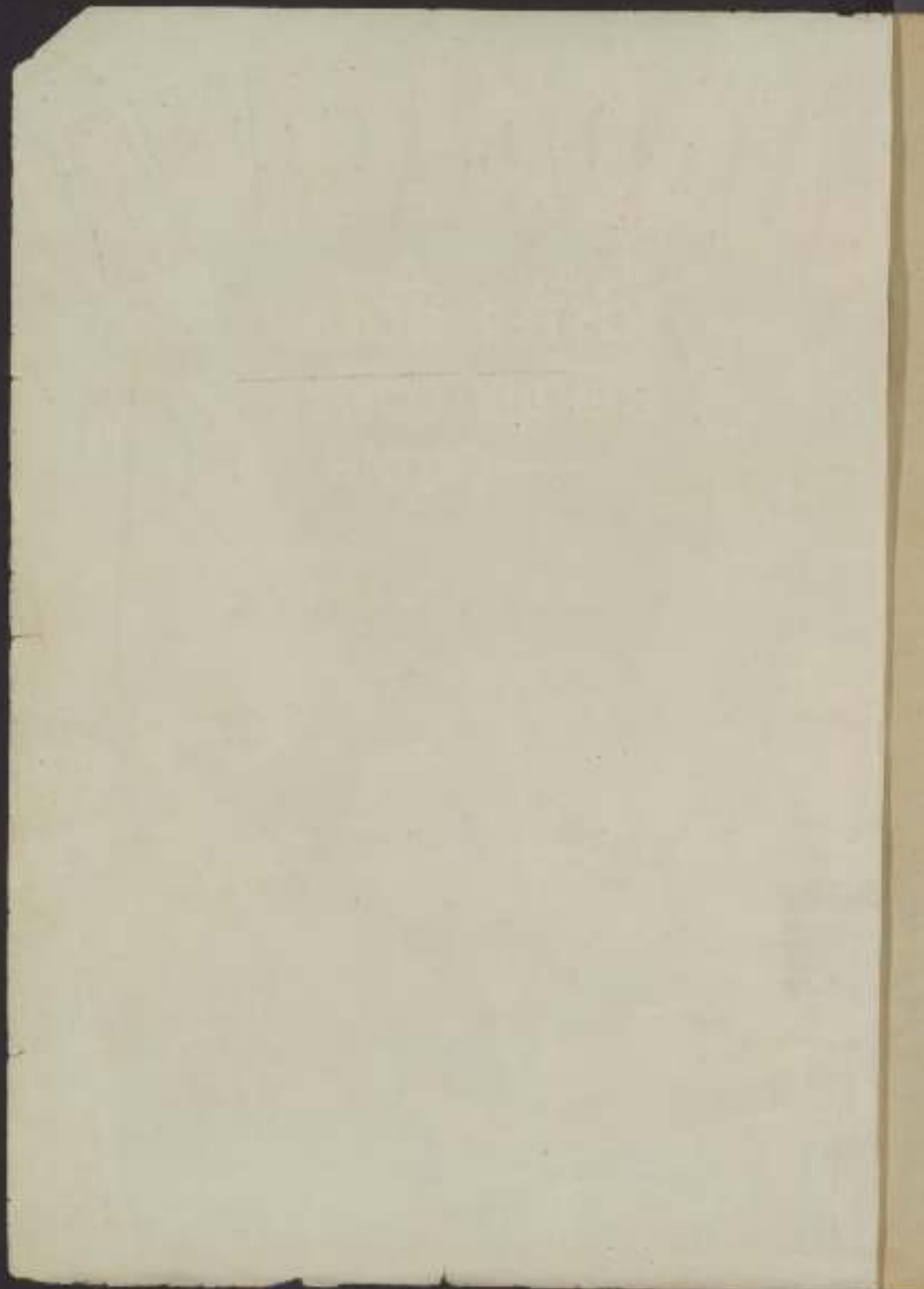


GUADALCANAL

Preston
FOSTER
William
BENDIX
Anthony

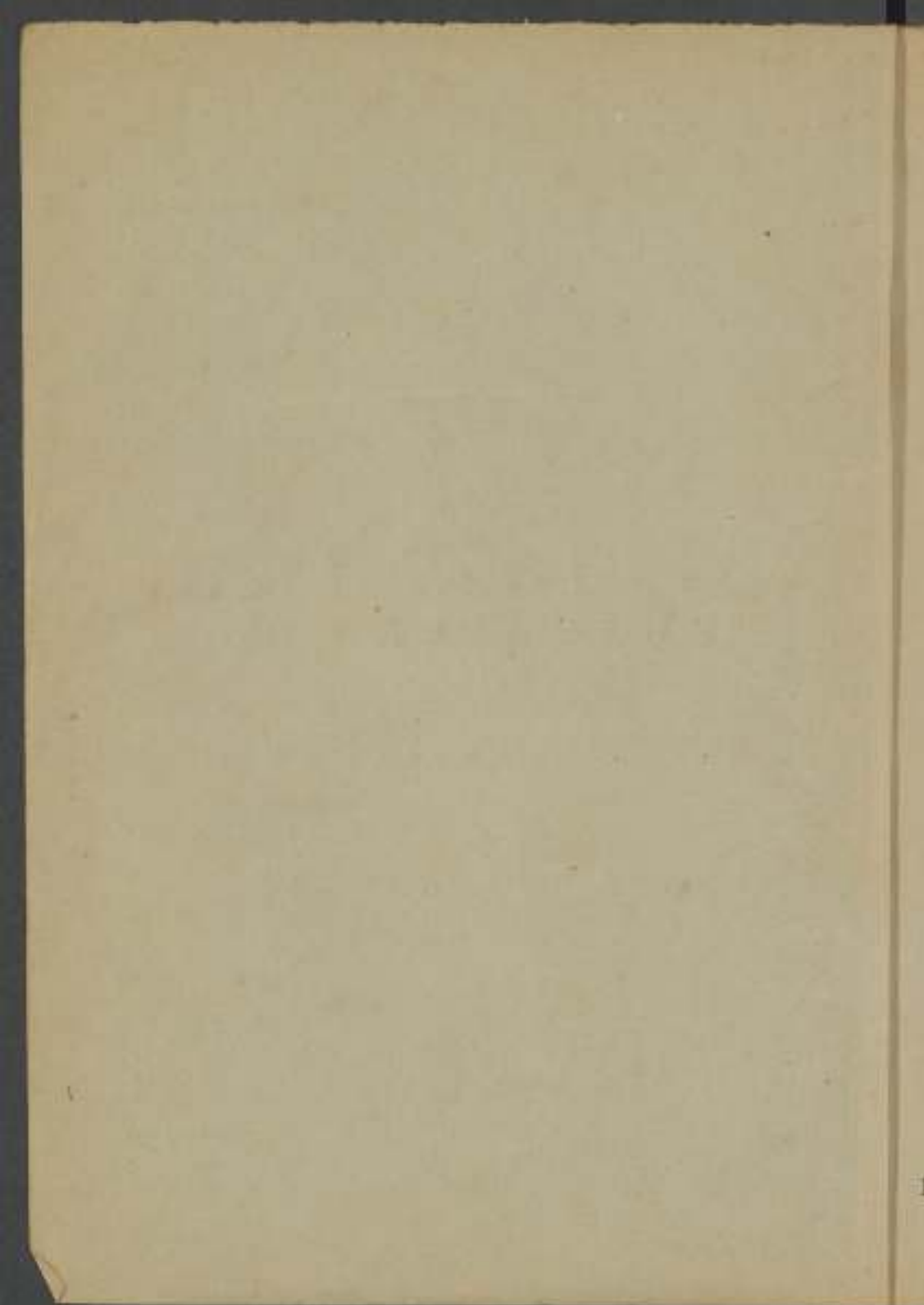
Lloyd
NOLAN
Richard
CONTE
QUINN







GUADALCANAL



L. TEATRE

79 (GUADALCANAL) TPO

EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

ESTE LIBRE
ESTÁ EXENTO DE
PRESTEC

Pasaje de la Paz, 10 bis -- Teléfono 18841 -- Barcelona

Guadalcanal

Emocionante superproducción basada en el «Diario»
del corresponsal de guerra
RICHARD TREGASKIS

Guión de
LAMAR TROTTI

Adaptación cinematográfica de
JERRY CADY

Dirección
LEWIS SEYLER

Productor
BRYAN FOY

Es un film



LA MARCA DE LOS MILENIO CINEMAS

Distribuido por

HISPANO FOX FILM, S. A. E. — Valencia, 280 — Barcelona

R. 5.992



PRINCIPALES INTÉRPRETES

Preston Foster Lloyd Nolan
William Badix Richard Conte Anthony Quinn

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Vda. J. Ferrer Cell de Valencia, 197 de Barcelona

GUADALCANAL

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

ANTES DEL DESEMBARCO

Bajo el sol abrasador de los trópicos, por el océano Pacífico, navegaba una pequeña flota compuesta de tres transportes y un destructor enarbolando la bandera de los Estados Unidos de Norteamérica.

A bordo de los navíos muchos pares de ojos escrutaban los horizontes y los espacios, ayudados por prismáticos. Las baterías antiaéreas estaban atentas, listas a entrar en acción a la más leve señal de alarma.

Era el domingo 26 de julio del año 1942, un día tranquilo, sobre el mar en calma, cuando los transportes navegaban por el Pacífico del Sur. La tranquilidad de la cubierta era aún más agradable, tanto como

el sol maravilloso, merced al himno religioso interpretado al órgano por el padre Donnelly, que durante dos años fué el mejor jugador del equipo de Notre-Dame, y que entonces era sencillamente el Capellán Donnelly.

A una señal suya, los soldados católicos rompieron a cantar. A poco rato de hacerlo, uno de ellos alabó a su compañero de libro:

—Sammy, tienes muy buena voz.

—Claro, mi padre era cantor de la Capilla—le respondió, con un atisbo de orgullo.

Las notas del himno llegaban hasta el puente de mando, en donde estaba el coronel Grayson con sus oficiales, tomando el sol y des-

cansando, con la misma serenidad que si estuviesen sentados a la puerta de su casa, un domingo por la mañana.

—No es mal viaje—dijo el capitán Davis al coronel.

—Si todo fuese así, no podríamos quejarnos de haber realizado este viaje de turismo—aprobó su superior dando una chupada a su cigarrillo.

En la cubierta de popa, ocupada por la inmensa mayoría de los soldados de Infantería de Marina, que al igual que sus jefes tomaban el sol, un grupo de hombres, más bullicioso que los demás, disfrutaba de la brisa marina y charlaba por los codos.

—Me gustaría estar en casa. Ahora estaría con un bote en la Bahía de Chesapeake—suspiró un soldado.

—Si yo estuviese en casa, no estaría a bordo de un bote—replicóle otro con un sonsonete significativo.

El último que había hablado era un coloso por la corpulencia de su cuerpo y la anchura de su pecho, sobre el que se apoyaban un muchacho de unos dieciocho años y un hombre de mirada atrevida y tez cetrina. El que los sustentaba se llamaba Aloysius T. Potts, alias "Taxi" por su oficio: sus dos aprovechados compañeros, John Ander-

son, "Chicken" a causa de su juventud, y "Soose" (Jesús Álvarez, de Laredo).

Estos tres hombres, con el sargento Hook Malone, Tex, el sargento Butch y Sammy formaban un grupo inseparable, ya que no sólo pertenecían a la misma compañía, pero también a idéntico pelotón desde que se habían embarcado.

—Si yo estuviese en Laredo, iría a ver a Conchita o puede que a Lolita—chapurreó Soose en inglés.

—A ver, decidete—le apremió el sargento Hook, dejando el periódico que leía.

—Buena, a Conchita y Lolita—decidióse Soose, como le pedían.

—El campo de Ebbets... —leyó Taxi—. Esto sí que me gusta, ver estos partidos.

Las aficiones deportivas y gimnásticas de Taxi eran conocidas de todos, y siendo fuente inagotable de burlas y bromas por parte de sus amigos, que se complacían en hacerle rabiar.

—Sí... no está mal — concedió Hook.

—El campeón de Liga, señor Malone, nada más. El campeón de Liga—aseguró Taxi con la firmeza que le confería su grado de cabo—. ¿Qué se apuesta a que los Yankis ganan el campeonato?

—Eso habrá que verlo todavía.

Además, ¿para qué quieres el dinero yendo a donde vas?—le preguntó el sargento.

—¿Sabe usted a dónde vamos?—se intrigó Taxi.

—Cállate de una vez... además, a mí no me importa si no vuelvo a ver más dinero en mi vida. Claro que ya comprenderás que no lo digo en serio.

Se rieron algunos y siguieron tomando el sol. De pronto, Chicken pareció salir de su sopor al ver pasar a uno de los corresponsales y se incorporó acodándose en el pecho de Taxi.

—Oiga, ¿no es usted corresponsal de guerra o algo así?—preguntó el muchacho.

—Eso es.

—¿Por qué no pone mi nombre en el periódico?

—En los chistes—se burló Taxi.

Pero el corresponsal sacó un lápiz y una libreta y apuntó el nombre de Chicken con mucha seriedad, que no fué compartida por Taxi, el cual exclamó:

—Le puede usted llamar "Pollito"; así lo llamamos todos.

—Bueno, cuando llegue la hora, ya veremos a quién miran las chicas—le contestó el muchacho indignado por el mote.

—No te preocupes de eso — le aconsejó el guasón de Taxi— Ya

sabemos que tu mamá no te deja salir solo.

—¿Sí...? Oye, tú...

Chicken se echó sobre su amigo y trató de vencerle en una lucha a brazo partido; mientras unos le animaban, otros intervenían en la pelea y el sargento reclamaba el restablecimiento de la tranquilidad que habían disfrutado hasta entonces. No le hicieron caso y siguieron disputando como chiquillos; un altavoz dió la orden de hacer la limpieza de la cubierta, y las mangueras les rociaron a todos, especialmente a Taxi, que no lograba ponerse en pie con la agilidad requerida.

Y de esta manera llegó la noche, mecida por las olas. El choque del agua contra el casco del transporte despertó las canciones nostálgicas de unos, en tanto que los demás se preparaban a descansar. El capitán Cross y el Padre Donnelly los contemplaban desde el puente de mando.

—Son todos muy buenos chicos, padre—dijo el capitán—. Se portarán muy bien.

—Sí. ¿Sabe usted a dónde vamos, capitán?—indagó el sacerdote, con la misma curiosidad general.

—No lo sabe aún ni el coronel.

En el dormitorio, puesto bajo la autoridad del sargento Hook, Soo-

se tocaba una armónica y un par de marineros bailaban un "awing" desesperado, jaleados por sus camaradas. Butch y Taxi, que llevaba en brazos a un perro, entraron en él. Taxi explicaba alguna de sus fechorías amorosas.

—Entonces le dije, digo: "Oye, nena, ¿sabes lo que estoy pensando?" Y me mira así de ese modo y me dice: "Sí". ¿Qué te parece?

—Siempre ocurre lo mismo—aseguró Butch, yendo hacia su hamaca.

Taxi se encaminó hacia la hamaca de Chicken, que chupaba medi-

tabundo el cabo de un lápiz con papel puesto delante. Taxi le sonrió paternalmente.

—¿Escribes a tu novia?

—Sí; ¿por qué no?

—Una muñequita, ¿eh?

—Esa es una mujer como hay pocas y nunca me da un disgusto.

—¿No, verdad? Yo también tenía una novia así, pero era igual con todos. Buenas noches, Pollito.

—Buenas noches, Taxi.

Chicken dirigió de nuevo su atención hacia el papel y escribió a su "novia": "Querida madre, no sé cuándo..."

* * *

Los soldados iban ocupando lentamente sus hamacas, de las que pendían los fusiles. Sin embargo, muchos cantaban aún los fox-trots interpretados por Soose. La luz del camarote se apagó y encendió; entonces el sargento Hook se levantó y dió unas palmadas:

—Muchachos, vamos, vamos. Todos preparados en seguida. Apaguen las luces...

Soose se guardó la armónica en

un bolsillo y se acercó al sargento con cara de mal humor.

—Diga, sargento, ¿sabe qué es lo que vamos a hacer?

—Lo mismo de siempre: maniobras. No digáis que yo os lo dije.

—¿Maniobras! Arriba, abajo, desembarco en botes. Ya me estoy cansando de todo esto—gruñó el belicoso mejicano.

—Tal como os vi en la playa de Onslow, me parece que aun os hace

falta mucha práctica. No olvidéis que cualquier día de estos será en serio.

Hook le dió un palmetazo con la mano en la espalda. Todos los hombres estaban acostados.

Taxi se quitó una bota y dió con la punta de ella un golpe en la espalda de Tex, que ocupaba la hamaca superior a la suya:

—Oye, Tex, hace calor, ¿verdad?

—Más que en una carreta en Texas y en agosto.

—De modo que crees que hace calor, ¿no? — preguntó el sargento—. ¿Qué tal te vendría un vaso de cerveza bien fría?

—¡Cerveza! Es la bebida de la clase media—despreció Taxi—. La última vez que estuve en casa, en Brooklyn, era una noche como ésta. Estuvimos tomando cocktails. Mi vieja los preparaba. Yo probé uno y era estupendo. ¿Y sabéis lo que hizo?... Se los llevó y puso otro poco de ginebra. Era muy amable.

El sargento le deseó buenas noches y Taxi arrojó las botas al suelo, durmiéndose inmediatamente.

Había pasado un día más, un día muy tranquilo, lleno de añoranza de la patria y del hogar, a pesar de que al día siguiente, o al otro, sabrían su destino: algún lugar donde caerían, quizá, heridos o muer-

tos; alguna cabeza de playa atacada de japoneses.

Y así transcurrieron las semanas. Una mañana, el timbre de aviso puso en movimiento a los soldados, que corrieron a cubierta abrochándose los salvavidas. Ninguno sabía lo que pasaba, así es que no pudieron informar al padre Donnelly, que echó tras ellos. Se apelotonaron en la borda y miraron...

¡El horizonte estaba sembrado de buques de guerra que lo tachonaban como diminutas hormigas! Había buques de todas las clases y tonelaje. Y todos supieron lo mismo: aquello sólo podía significar que la lucha era inminente.

—¿Dónde está Charlie? — gritó Chicken—. El lo sabe todo.

Buscaron a Charlie. Resultó ser un soldado negro, que fué enumerando a los barcos: El "Pepsicola", el "Illoustrious"... Pero era inútil seguir, no se podían contar. Lo menos había cincuenta.

—Si supiésemos a dónde vamos — suspiró Taxi, como si pudiera servirle de consuelo el saberlo.

En el puente de mando, el padre Donnelly y el coronel Grayson miraban a la escuadra con prismáticos. El sacerdote apretó las mandíbulas y dijo al sonriente coronel:

—Eso ya significa algo, coronel.

—Por lo menos da ánimo eso de

lanzarse a esta aventura, sea la que sea, respaldados por todo ese poderío, padre.

Del buque almirante se destacó una lancha motora y cortó las aguas, levantando a ambos lados de su casco dos rastros de espuma. Pronto fué discernible a simple vista la calidad de sus ocupantes. Taxi dijo al soldado que tenía al lado:

—¿Quiénes son los que vienen?

—Serán los oficiales de enlace—fué la contestación.

—Viene un paisano con ellos.

Taxi no se había equivocado. El transporte lanzó una escala y un hombre delgado, vestido de blanco y tocado con un gran sombrero de paja, saltó a cubierta, ofreciendo su diestra al coronel. Este le saludó:

—¿Cómo está, señor Weatherby? Soy el coronel Grayson.

—¿Cómo está, coronel?

Los soldados vieron y oyeron que un oficial, llegado en la motora, entregaba una cartera al coronel y, después de saludarle, dijo:

—Los despachos, señor.

Los oficiales se encaminaron hacia el camarote del coronel. Hook, antes de unirse a ellos, se frotó las manos y exclamó:

—Ahora puede que sepamos ya algo.

—¿A Tokio?—supuso Taxi.

—Pudiera ser—le replicó el sargento.

El coronel Grayson leyó gravemente los despachos, mientras era observado por los oficiales y los sargentos. Un gran mapa de una isla desconocida pendía de la pared y la mesa estaba cubierta de papeles. Terminada su lectura, el coronel anunció:

—Señores, he de informarles que vamos a atacar las posiciones japonesas de Guadalcanal y Tulagi, en las Islas Salomón. La Marina y los Guardacostas nos desembarcarán. Tan pronto como establezcamos una cabeza de playa, nuestro principal objetivo ha de ser un aeródromo que el enemigo ha construído. Ahora, el señor Weatherby, de Australia, que ha estado algún tiempo en las plantaciones de Guadalcanal, les explicará algunas de las dificultades que se pueden encontrar. Señor Weatherby, por favor.

El australiano, se levantó, se aproximó al mapa con las manos en los bolsillos y luego señaló una faja costera con un índice largo y huesudo:

—Bien, muchachos. Aquí tenéis un mapa detallado de Guadalcanal. Una vez atravesada la playa, os encontraréis con un campo de mato-

rales, que tienen de uno a dos metros de altura, es decir, un buen sitio para que se escondan los japoneses...

Como resultado de esta información y de las órdenes recibidas, el sargento Hook reunió a sus hombres en cubierta, los cuales se apretujaron en torno suyo, y les leyó la orden del día, que después de los preliminares acostumbrados, rezaba:

—Asunto. Misión encomendada. La acción que se avecina constituye la primera ofensiva, en esta guerra, contra el enemigo, que requiere el empleo de fuerzas de tierra de los Estados Unidos. Se ha elegido a la Infantería de Marina para comenzar la acción...

—Siempre es así — interrumpió, muy convencido, Taxi, que tenía un cable cogido con las manos.

Todos se rieron de su salida y el sargento continuó:

—...Que marcará la pauta para sucesivas ofensivas, que habrán de terminar con la victoria de nuestra causa.

—Para marcar la pauta, hemos de dejar que nos maten—comentó Bowman.

—Sí—asintió Taxi.

—Hemos trabajado mucho y nos hemos preparado a fondo para esta acción. Y yo tengo plena confianza

en nuestra decisión y en nuestro deseo de vencer al enemigo...

—Eso es lo que yo iba a decir—terció Chicken, y la mano del sargento acarició su rubio y corto pelo.

—Vamos a enfrentarnos con un enemigo fuerte y arrojado, pero no es lo bastante fuerte ni lo bastante arrojado para vencernos, porque nosotros somos Infantería de Marina...

Taxi despegó las manos del cable y se dio cuenta que se las había llenado de la grasa que impregnaba el cable. Se las iba a limpiar, pero se contuvo muy risueño.

—Cada uno de nosotros tiene designado un cometido. Que cada uno cumpla como mejor sepa, excediéndose en sus esfuerzos por el bien de todos. Buena suerte y que Dios os bendiga. Dios protege a los valientes y a los fuertes de corazón. Walter C. Grayson, coronel.

Taxi aplaudió como los demás a la orden y se acercó al sargento, ofreciéndole la mano sucia:

—Muy bien leído, Hook... Muy académico.

—Gracias, muchacho. Si yo hubiese ido a la Escuela Superior... ¡Eh! ¿Qué es esto?—rugió al darse cuenta del engaño, y persiguió a Taxi con la mano enarbolada.

Los días siguientes se pasaron

en preparativos. Por fin llegó la víspera del desembarco. Hook se paseaba entre sus hombres, que cargaban cintas de ametralladora y repasaban sus armas, dándoles toda clase de consejos. Casi todos eran soldados bisoños y aquella lucha requeriría una preparación.

—Seguramente muchos de vosotros no sabéis lo que es combatir en la selva y los japoneses lo saben. De modo que oíd un consejo: La boca bien cerrada. A ver si no gritáis. Podemos vencerles con su misma táctica de silencio, si queremos, pero ya sabéis lo que pasa; no faltará quien grite: "Oye, Mac, ¿está por ahí la compañía C"?

Hubo una carcajada general, especialmente de Taxi, al que se le cayó una bala de la ametralladora que estaba cargando. Sin embargo, el sargento cortó la hilaridad en seco:

—No, no tiene gracia. No hay que reírse. Y si alguno echa a correr a ver qué le pasa a la compañía C, que tenga cuidado con lo que le pase a él.

Un soldado cogió un proyectil de ametralladora y lo besó, diciendo:

—Lleva mi saludo más sincero a mi enemigo japonés.

El sargento no hizo caso y agregó inmediatamente:

—Cuidado, además, con los disfraces. Si veis un ramo de plátanos en un cocotero, tiradle sin vacilar. Es lógico, ¿verdad?—de repente se calló y avanzó hacia Taxi. Un momento. Esto no lo ha suministrado la Intendencia.

Se refería a un rompecabezas que Taxi probaba contra la palma de su mano y que se apresuró a hacer desaparecer de su vista, explicándole:

—No, es cosa nuestra. Si los japoneses están dispuestos a morir por su emperador, ¿por qué no darles esa satisfacción?

—¡Ah! Seguramente vais a tomar la isla vosotros solos, ¿no es eso?—masculló Hook.

—Eso no causaría ninguna extrañeza en ciertos sectores de Brooklyn—le respondió tranquilamente Taxi.

El sargento le dio la espalda y reanudó sus paseos entre los soldados.

—Otra cosa. Cuidado con las trampas. No os dediquéis a recoger cascos o cualquier cosa que hayan dejado por el suelo los japoneses.

—Sí, pero, ¿y si se le ha prometido a alguien llevarle un recuerdo?—quiso saber Chicken.

—No se le lleva. Se corre el riesgo de que el objeto esté conectado a una mina y de salir volando ha-

ta el cielo. Aunque veáis perlas en el suelo no debéis cogerlas.

—¿Aunque sean las más hermosas del mundo?—se extrañó Taxi, al que el consejo parecía demasiado fuerte.

El sargento saludó al padre Donnelly, que se había detenido junto a los amigos, y Taxi se humedeció los labios para preguntar:

—Padre, ¿cuántos japoneses hay en esa isla?

—Es difícil calcular... Varios millares creo yo.

—¿Hay indígenas?—se informó Taxi.

—Unos mil seiscientos.

—¿Canibales?

—No, yo creo que son vegetarianos—y cuando Taxi se alivió, añadió el sacerdote—: Claro que no probaron aún la carne de la Infantería de Marina. Bueno, no os preocupéis, quizá desembarquemos en viernes.

El padre se alejó coreado por las carcajadas de los soldados, mientras Taxi tragaba saliva para lubricar su garganta.

Cercano el atardecer, Chicken estaba sentado en un lugar solitario de popa con cara de estar muy preocupado. Taxi pasó junto a él con su perro en brazos y le miró comprensivo, suponiéndole bastante nervioso.

—Bien, Pollito, parece que no falta mucho. Mañana por la mañana quizá, ¿eh?

—Puede ser...—el chico consultó su reloj de pulsera y dijo—: Oye, Taxi, ¿qué hora es ahora en nuestro país?

—Veamos, ¿cuántas horas hay de diferencia?

—Hay diez y nueve entre aquí y San Francisco y tres más entre San Francisco y mi pueblo, pero no sé en qué sentido.

—Sí, eso es lo que me pasa a mí. Nunca sé si ahora es allí hoy o mañana. ¿Quieres tenerlo un momento?—aplicó entregándole el perro para que se entretuviera.

Por la noche, los dos capitanes de la primera y segunda compañía, Davis y Cross, respectivamente, estaban limpiando sus pistolas ametralladoras en su camarote. El de más edad, Cross, se acercó a un espejo suspendido de un braco de su litera y se tocó las entradas de la calvicie en un pelo. Davis exclamó, mirándole con cariño:

—¿Empiezas a quedarte calvo?

—Sí, eso me está pareciendo.

—¿Qué le parecerá eso a Edith?

—interrogó Davis, dejando de frotar el cañón de su arma.

—Muy mal. A propósito, si necesitas algún producto contra la

calvicie, tengo muchos y te los regalo como despedida.

El capitán Cross cogió una fotografía con marco, en la que se veía a una mujer joven y a dos niños de corta edad. Davis contempló el retrato por sobre su hombro con no menos amor que él.

—¿Qué supones que estarán haciendo ahora ella y los niños?

—Durmiendo seguramente—sonrió Cross, abandonando el retrato, mientras Davis se sentaba.

—¿Qué diferencia entre estos momentos y aquellos días en que yo estaba en tu clase, oyéndote hablar de la filosofía del mundo entero! ¿Verdad?

—No sé—replicó Cross—. Puede que nos haga falta la filosofía en estos momentos.

—Jim, dime la verdad, ¿tienes miedo?

—Pues, creo que sí. Pero procuro pensar que es como cualquier otra tarea, como vender una mercancía cuando el vendedor se resiste.

—Es curioso que hayamos venido a parar juntos... Las dos primeras compañías que saltarán a tierra—comentó Davis, levantándose y acercándose a su amigo—Tres a uno a que los míos bajan primero.

—De acuerdo. Tres cocos contra

dos a que no—aceptó Cross, estrechándole la mano.

El coronel y el padre Donnelly observaban la cubierta del barco desde el puente de mando. El sacerdote miró de frente a su interlocutor y le dijo:

—Es raro que no nos haya atocado ningún submarino ni nada. Seguramente nos han descubierto ya.

—Sí, es raro—convino el coronel.

—Podría ser una trampa, ¿no?

El coronel dejó de observar el horizonte para mirarle cara cara. El sacerdote tuvo la impresión de que iba a solicitar algo y esperó.

—A propósito, llegaremos al amanecer. El desayuno es a las cuatro de la mañana.

—Sí. Según he oído, la hora "H" será alrededor de las seis y veinte.

—Aproximadamente. Creo que el desembarco se hará hacia las ocho y media—el coronel titubeó un segundo y después rogó—: Padre, no debe usted desembarcar con el primer contingente.

El sacerdote sonrió con una dulzura que aminoraba la dureza que los rayos de la luna imprimían a sus rasgos. La cruz que llevaba en el cuello, algo distintivo de su rango en el ejército, brilló unos momentos.

—¿Por qué no? Entonces es

cuando más pueden necesitar me, ¿no?—y con una timidez sorprendente, se excusó—: Bueno, voy a dar una vuelta por ahí abajo, a ver si hay quien tenga miedo.

Sus pasos le condujeron al camarote de la primera compañía, en donde entró sin ser descubierto. Sin embargo, hubiera sido difícil que nadie se hubiera percatado de su presencia. Todos los soldados estaban fijos en algo que ocurría en el centro del corro y que les hacía reír.

El padre fraguóse camino entre los hombres y vió a Taxi realizan-

do una danza hawaiana en paños menores, con un salvavidas por falda y unas cartucheras por collar. Giraba rítmicamente al son de la armónica de Soose. Butch percibió al sacerdote y dió un codazo al mejicano. La música cesó y Taxi advirtió entonces la presencia del padre Donnelly.

Pero Soose era hombre de grandes recursos e interpretó una jiga irlandesa, que Taxi pronto taconeó con ímpetu. El padre Donnelly, tan humano como bondadoso, se acordó de su vieja patria y se puso a bailar con él.

CAPITULO II

7 DE AGOSTO

Por fin llegó el gran día. ¡Viernes, 7 de agosto de 1942! El día tan ansiado por las tropas... ¡El día del desembarco!

Los buques que daban escolta a los transportes iban formados en línea de batalla a la vanguardia y a la retaguardia. Sobre la cubierta, en la que ya estaban formados los soldados por compañías con sus oficiales, no se observaban las chanzas y las canciones de los días anteriores.

Los nervios estaban en tensión ante el temido y deseado desconocido. Las bocas estaban reseacas, algunos se mojaban los labios; las respiraciones se aceleraban, quizá porque lo que iba a ocurrir se les antojaba tan increíble que parecía un sueño.

Todos los ojos se fijaban al desnudo, o con anteojos, en una sombra masa irregular que poco a poco iba creciendo en el horizonte, delineándose, concretándose. Las

montañas eran más altas y más definitivas las masas de verdor...

¡Aquello era Guadalcanal!

—Ahí la tenemos—expiró el coronel, apartando los prismáticos de los ojos.

—Ya casi hemos pasado del radio de acción de sus baterías—replicó un comandante.

—O esconden algo o están tontos de remate—comentó el coronel.

—Sea lo que sea, coronel, habrá mucho que contar si todo sale bien—dijo un corresponsal de guerra.

—No piense usted de otro modo. Tiene que salir bien.

En la cubierta de popa, Hook inspeccionaba a sus hombres, que atenazaban con los dedos los cañones de los fusiles, observando el aumentar pavoroso de la isla. Chicken murmuró con un esfuerzo:

—Bien, sargento, ya estamos aquí.

—Sí, sujétate bien el casco y el cinturón con los cartuchos.

Fué más adelante, dando ánimos a Bowman, que estaba muy pálido, y guió un ojo a Tex, que limpiaba calmadamente el punto de mira de su fusil:

—Tex, esto no va a ser el tiro de pichón. Procura no desperdiciar tiros.

—Descuide, sargento, lo haré—prometió el tejano, que poseía una puntería mortal.

—Sargento, ya estamos aquí, ¿eh? —dijo Sammy, cuando pasó junto a él.

El único que no se preocupaba, ni poco ni mucho de lo que estaba ocurriendo, era Soone, que, por ir armado con una pistola ametralladora, gozaba de más independencia de movimientos y estaba sentado en un poste, estudiando unas latas de conserva.

—¿Qué te han dado, Soone?

—Un tentempié, nada más. Galletas, azúcar, café, carne y verduras.

—Eso parece un banquete, ¿verdad?

—Un banquete — se rió el pendenciero mejicano.

Cross y Davis estaban al frente de sus compañías, también sin despegar los ojos de la isla. Davis fué el primero en hablar desde que apareció Guadalcanal.

—Siento que no podamos ir en el mismo bote.

—Es peligroso jugarlo todo a una misma carta.

—Es curioso que estemos aquí, preparando un desembarco en territorio enemigo, como si fuese la cosa más corriente y más natural del mundo.

Se sonrieron. Hock, cuyo puesto estaba contiguo al de Taxi, miró su reloj. Marcaba las seis y diecisiete minutos de la mañana. Taxi no pudo resistir aquel silencio de pesadilla y murmuró:

—¿Sabe usted, sargento? En estas ocasiones es cuando más desearía estar tranquilamente en Brooklyn, guiando mi coche y viendo todos los partidos de mi equipo.

—¿Para qué? En cuanto a los Yankis les den otra paliza, no volverán ni a jugar siquiera—bromeó el sargento.

—Mucho habré de vivir para verlo...—protestó Taxi, que inmediatamente se corrigió—. ¿Qué es lo que digo?

De pronto, la atmósfera se rasgó con un estruendo ensordecedor. Todos los navíos de guerra, situados de cara a la isla, dispararon a unísono con todos los cañones de largo y corto alcance. Los barcos trepidaban al sufrir los retrocesos

y la lluvia de fuego se multiplicaba.

Las palmeras de las orillas, los árboles de las colinas y de las montañas, saltaban hechos pedazos con un estremecimiento apocalíptico. Grandes nubes de humo anunciaron los blancos. En la playa, los obuses levantaban gruesas columnas de arena y de agua semejantes a un volcán en erupción.

Durante dos horas los cañones prosiguieron machacando literalmente el terreno enemigo. Y, cosa rara, sin tener eco. La isla parecía desierta. Ya cercana la hora del desembarco, un avión de bombardeo, otro y otro, despegaron de un portaviones, escoltados por innumerables cazas, que pronto hendieron el firmamento azul como pájaros de plata...

Las amplias y firmes canoas de desembarco, con su tirador de ametralladora en la popa vigilando la costa, se arrimaron al transporte, balanceándose. Cross y Davis se estrecharon las manos. Tendieron una red de gruesa urdimbre y Davis hizo señas a sus soldados para que le siguieran.

Poco a poco, los hombres descendieron. El motor se puso en marcha y Hook y sus soldados avanzaron hacia la playa.

Los cañones de los buques si-

guieron disparando. De acuerdo mutuo, formaron una barrera de acero en la parte de la playa escogida para el desembarco. Los aviones casi rozaban la arena, indicando que no existía peligro, por lo menos en la parte descubierta.

—Mirad, nuestros aviones—gritó Chicken.

—Resguardaos bien la cabeza—les ordenó Davis.

El otro bote de desembarco, capitaneado por Cross, iba a unos metros de distancia del de la primera compañía. El fuego devastador de la artillería arrancaba tremendas masas de vegetación, disparándolas contra las nubes.

—Eso destruirá todos los nidos de ametralladora o emplazamientos de artillería que haya en la playa—explicó Cross.

El fondo plano de la gasolinera de Davis rozó con la arena de la playa, poco antes de que la de Cross hiciera lo mismo. Hook saltó al agua y sus hombres lo siguieron, aprovechando las irregularidades del terreno para esconderse.

Las dos primeras líneas de palmeras que formaban la vanguardia de la selva, fueron ocupadas sin ningún percance. Llegada a la segunda, Hook gritó ostentóreamente:

—Todos a tierra... Mirad bien a los árboles.

Las dos compañías se echaron de bruces contra el suelo, con las armas a punto. Taxi y Chicken estaban cerca de Hook y escudriñaban la maleza. El chiquillo, con el corazón palpitante por el misterio y el sobrecogedor silencio, acordóse del consejo del argento y miró a las copas de las palmeras... Y levantó su fusil y disparó.

—¿Qué es eso?

—Ciel! ver a un japonés en ese árbol.

—Sí; ya vas aprendiendo. Es mejor desperdiciar balas que confiar-se demasiado.

Taxi, aunque en broma, expresó la extrañeza general al exclamar:

—Yo no sé cómo podemos desembarcar con una resistencia tan grande.

—No te preocupes. Ya nos dirán alguna cosita — aseguró Hook sin volver la cabeza.

El padre Donnelly estaba cercano a Cross, en primera línea. La calma seguía reinando y así se lo comunicó a Cross:

—Hasta ahora muy bien.

—Siempre que no sea una trampa...

—Ya llega el segundo contingente — avisó el sacerdote, que había mirado hacia atrás.

En efecto, un número mayor de gasolineras abordaba la playa, con más seguridad, puesto que las dos primeras no habían tropezado con resistencia. Los soldados recién llegados se comportaron lo mismo que sus compañeros. Corrieron en zigzag, emboscándose en los troncos de las palmeras. El coronel Grayson se acercó arrastrándose sobre los codos al capitán Davis. Su mano empuñaba una pistola.

—¿No se ha visto al enemigo?— preguntó el coronel.

—No, pero creo que están escondidos en las colinas—supuso Davis.

—Adelante, capitán, pero con cuidado. No creo que esto vaya a ser un paseo.

Davis se levantó y ordenó a la primera compañía que le siguiera. En un abrir y cerrar de ojos, salvaron la barrera de matorrales y llegaron a un lugar despejado, sin desprevenirse. Cada tronco, cada piedra, cada hueco de obús servía de parapeto a los hombres, que avanzaban a paso de carrera, demostrando su perfecto adiestramiento.

Por fin se percibieron los tejados de un pueblo semiderruido por los obuses de los barcos de guerra. Hook y Chicken saltaron al hueco de un proyectil y escudriñaron el lugar. No se movía nada. Cautelosamente se adentraron los soldados

en el pueblo, con los fusiles apretados entre sus manos temblorosas.

Entraron y salieron de las casas sin encontrar a nadie. Hook reventó una puerta y penetró en una especie de almacén; sobre una mesa había unas galletas, que olió con desconfianza, y acabó por derribarla al suelo.

—De aquí han debido irse muy de prisa—comentó Chicken, al que el sargento había tomado bajo su protección.

—Sí, ya se nota en todo esto—afirmó, indicando el revoltijo de objetos.

Entretanto, el capitán Cross llegó con la segunda compañía y se detuvo junto a Davis, a quien entregaba una orden telefónica. El más joven de los capitanes preguntó:

—¿Y esos cocos que me debes?

—Cree que lo habías olvidado. ¿Sigues adelante?

—No, el coronel Grayson quiere que me quede en este poblado hasta que lleguen fuerzas del Ejército.

Los soldados, en vista de que nada basaba ya sus precauciones, comenzaron a reunirse y hacer el recuento del botín. Chicken y Hook pasaron cerca de un refugio de sacos terreros y el muchacho tiró de una manga del sargento, haciéndole arrodillarse.

—¡Eh, fijos! Ahí dentro hay alguien—gritó.

—Cuidado, mucho cuidado—ordenó el sargento.

Todos apretaron sus fusiles, mientras el sargento montaba su pistola ametralladora en la juntura del brazo derecho. Una pausa. ¡Y de pronto salió una cerda seguida de sus cerditos!

Los soldados se marcharon riéndose de su injustificada alarma.

Chicken, con la frente mojada de sudor y sin levantarse, solicitó de Hook:

—Deme un cigarrillo, ¿quiere?

—¿Desde cuando fumas tú cigarrillos?

—Desde ahora—confirmó, recibiendo un mojicón en el casco.

Soose, sentado al pie de una casa, dirigía la selección de lo hallado, cambiando burlescos comentarios con un soldado que transportaba una cama metálica. Pero cuando salieron unos con una bañera, no pudo contenerse:

—¡Hombre, lo que yo necesito para el sábado! ¿Para qué lo utilizarían los japoneses?

—Muchacho, no lo sé.

Bowman y Butch, éste en calidad de sargento de cocina, probaban unos manjares. Butch, sobre todo, engullía el contenido de una lata

con evidente placer y dijo a su camarada:

—¡Fíjate, Bowman, caviar! Yo creí que esta gente vivía de arroz y de pescado.

—Sí, ésta no es la clase de comida de que siempre se ha dicho que vivían.

—Y está bastante buena — comunicó Butch, con la boca repleta.

—Siempre que no esté envenenada — objetó su amigo—. Si no te ocurre nada, avísame.

El padre Donnelly irrumpió en el grueso de la tropa montado en una estupenda bicicleta, que promovió enardecidos comentarios. El sacerdote, abrumado por las preguntas, desmontó y demandó silencio:

—Calma, muchachos. Hay muchas más en el sitio en que yo encontré ésta. Hay lo menos doscientos camiones japoneses allí. Y una enormidad de radios y de fusiles, y de todo.

—Bien, padre; entonces puede decirse que les cogimos desprevenidos, ¿no? —apuntó Hook.

—Sí, según todas las apariencias así es; pero de acuerdo con los informes que recibimos de Tulagi, yo creo que hay gato encerrado.

Súbitamente, detonó una serie de disparos. El grupo se dispersó, echándose sus componentes al sue-

lo y preparó los fusiles. Butch, que todavía seguía en la cocina, buscó su pistola ametralladora y pidió a gritos:

—¿Dónde está mi casco? ¿Dónde está mi casco?

—Oye, Hook, ¿esto es? —preguntó Chicken temblando.

Se refería a la guerra. Pero su susto pasó, como el de los demás, al aparecer dos soldados escoltando a tres hombres diminutos y semidesnudos, que condujeron a presencia del coronel, en torno al cual acudieron todos.

—Vaya, si no son más que estos tres... —exclamó Taxi.

—Son hajitos, ¿eh? —dijeron otros—. Y bastante feos.

—Y no huelen nada bien —aseguró el sensible Soose.

—Oye, Blancanieves, ¿dónde están los demás enanitos? —rióse Butch.

—El Sabio, el Mudo y el Dormilón —enumeró Taxi.

Los tres japoneses se arrodillaron ante el coronel, a quien un soldado informó:

—Los encontramos escondidos en la maleza. Naturalmente, pensamos que era una emboscada y les atacamos. Me parece que escapó un par de ellos.

—¿Y estos pequeñuelos son nuestros enemigos? —despreció Butch.

—No; éstos son trabajadores — contestó el coronel.

El marinero asimismo notificó que no hacían más que señalar hacia los montes y era de suponer que allá se habrían ido los demás. Los japoneses seguían arrodillados y cantando una especie de salmodia, que puso nervioso a Taxi.

—¿Qué están haciendo? ¿Rezando?—Inquirió.

—No, es que están asustados.

Pero cuando el cabo sanitario les curó las heridas y vendó el brazo de uno de ellos, se deshicieron en sonrisas y en gestos de acatamiento. Luego, el coronel ordenó que les entregara a la policía del regimiento y dejando un destacamento, reanudaron su avance hacia el aeródromo, punto capital de la conquista.

El campo de aviación estaba desierto y erosionado por los impactos de los proyectiles de grueso calibre. A lo que parecía no habían acabado de construirlo; no obstante, estaban trazados los refugios y los nidos de ametralladoras antiaéreas. Lo ocuparon en un momento y el coronel llamó a Taxi y a Chicken. Después sacó una banderita del bolsillo y se la entregó diciendo:

—Esta bandera pertenecía al teniente Snall. La llevó consigo en China y en las Filipinas. Ha teni-

do un ataque de corazón y voy a enviarle a la retaguardia. Deseaba ardientemente ver a su bandera en territorio conquistado al enemigo. ¡Cienla.

—A la orden.

Corrieron al mástil y Taxi desató la cuerda, arriando la bandera nipona y substituyéndola por la minúscula banderita. Terminado el cambio, se cuadraron y saludaron, yendo con sus amigos a corretear por el campo. Poco más tarde, estaban completamente descuidados.

El sargento Hook recorría el campo de aviación acompañado por un soldado, que iba sin cartucheras, opinando que debían haber tardado dos días más para que los japoneses concluyeran el aeródromo.

Sonó un disparo y el soldado cayó en redondo a los pies de Hook, que dió la orden de que todo el mundo echara cuerpo a tierra. Sin moverse del lado del herido, que permanecía inmóvil, apretando el mango de su pistola ametralladora, aulló:

—¡Sanitario! ¡Sanitario!

Un sanitario se despegó de la trinchera en que estaba acurrucado y dió la vuelta al soldado alcanzado por la bala. Le tomó el pulso y meneó la cabeza. El padre Donnelly salió de un refugio y corrió hacia

el yacente, sorprendiendo el gesto negativo del sanitario.

Se elevó un murmullo de sus labios rezando el oficio de difuntos por aquel muchacho, el primero que había muerto lejos de su casa...

Chicken, yerto de espanto, se volvió hacia Taxi y le preguntó:

—¿Está muerto?

—Sí, está muerto.

El padre Donnelly hizo el signo de la Cruz sobre el cadáver y se santiguó, diciendo:

—*Patris et Fili et Spiritus Sancti. Amen. Que Dios acoja su alma.*

Pesadas gotas de lluvia mojaron el casco del sacerdote, que prosiguió orando. Se desencadenó la lluvia turrential del trópico sobre los soldados que acechaban desde sus parapetos a la selva cercana, empapándolos.

Aquél era el primer muerto. Los enemigos no habían huído. En la selva que les rodeaba, había escondidos hombres silenciosos, peligrosos. ¿Cuántos? ¿Dónde se escondían? La lluvia seguía cayendo.

Cada soldado estaba sumido en sus pensamientos, frente a mil peligros desconocidos. En la lontananza tronaban los cañones de la escuadra. Si los soldados que luchaban en el mar perdían la batalla, al día siguiente se presentaría el eno-

migo y tendrían que defender caras sus vidas.

Calados hasta los huesos, completamente a merced de las fuerzas de la tormenta, les sorprendió la noche. El coronel hizo levantar las tiendas en la lince de la espesura para que los hombres pudieran guarecerse algo de la lluvia bajo las amplias hojas de las palmeras. *

Los cañones tronaban aún mezclando sus rugidos a los sonidos de la noche. Chicken, Sammy y otros soldados montaban la guardia, envueltos en impermeables, bajo los cuales ocultaban el cajón de mecanismo de sus fusiles.

Un grito espantoso salió del lugar en donde dormía Taxi. Dos soldados corrieron a auxiliarle, mientras el hombrerón rodaba por el suelo... estrechando entre sus brazos una hoja de palmera. Aterrado, aullaba:

—¡Un japonés! ¡Me ha cogido!

—¿Qué es eso? — exclamó Hook al ver a su enemigo.

—Estaba durmiendo y de ese árbol bajó un japonés con su cuchillo.

—No me digas — protestó Hook enviándole la palma—. Aquí tienes tu primer prisionero.

Chicken se paseaba por el lugar de su centinela, rozando los matorrales a los que dirigía apresuradas

y medrosas miradas. Pasó dos veces por el mismo lugar y en las dos le pareció notar un movimiento sospechoso. A la segunda, ya no se contuvo.

—¿Quién va allá? ¿Quién va allá?

Ya que no tenía réplica, apretó el gatillo de su fusil. El coronel, que estaba trabajando sobre un mapa, apagó apresuradamente su linterna y sacó la cabeza entre las lonas de la tienda.

—¿Qué ha pasado. —quiso saber.

—Oí un rumor... Creí que podría ser un japonés—se excusó Chicken.

—No debéis disparar a las sombras que veáis—le amonestó el coronel—. Hay que dejar dormir a los demás. Cuando te parezca oír a otro japonés, atácale con la bayoneta.

—Sí, señor.

Pero a pesar de todo, Chicken se apartó escrutando el lugar sospechoso. Y no se había engañado. A poco de girar sobre sus talones, la maleza se apartó y el rostro sinicetro de un japonés relució mojado por la lluvia. A la mañana siguiente tuvieron noticias de él. El cadáver de un soldado estaba en el borde de un arroyo.

El padre Donnelly, Hook, Chicken y el soldado que lo había descubierto, se metieron en el agua, arrodillándose junto al muerto. Hook cortó con su cuchillo la me-

dalla de identidad del infeliz y se la tendió al sacerdote, diciendo:

—Le tiraron a placer. Acostumbran esconderse en las copas de los árboles.

—¿Por qué serán tan astutos estos amarillos?—tembló Chicken.

Por su rápida retirada, el enemigo no había tenido tiempo de destruir sus máquinas y los norteamericanos las utilizaban para construir pistas y hangares, preparándolo todo para cuando pudieran tener el apoyo de su propia aviación, aunque bien sabían que hasta que aquel día llegase no les había otro remedio que atrincherarse y esperar.

Aparte de esta labor, los soldados se dedicaban a la edificación de un campamento más estable, dotado de refugios y de trincheras, los primeros por pelotones, vigilados por el incansable sargento Hook. Los hombres cantaban una cancioncilla muy de moda entre ellos.

—Vamos, Taxi, ánimo. Cave hasta hacer un buen agujero—se burló el sargento.

Taxi dejó de hacerlo, exasperado por aquel trabajo al que no estaba acostumbrado, pero dispuesto siempre a aceptar cualquier chacota como se debía.

—Si profundizo lo suficiente, quizá saiga al patio de mi casa, ¿no?

El sargento se apartó de ellos con

una risotada sarcástica, pero Chichen, a quien la idea del hombrétón había impresionado mucho, cesó de mover la pala y exclamó:

—¿Quién diría que estamos debajo de nuestro pueblo?

La monótona canción no molestaba al coronel Grayson, quien respondía a las preguntas de los dos correspondientes, que acompañaban a las fuerzas de desembarco, y les comunicaba los resultados de la ofensiva del día anterior.

—Según las primeras informaciones, hemos perdido cuatro cruceros a lo largo de Savo. No ha costado caro, pero hemos vencido.

—¿Cuántas bajas hemos tenido en Tulagi y en Gavutu?

—Muchas. Los japoneses se esconden y luchan hasta morir.

—¿Cuántos hemos cogido, mi coronel?

—Unos cuatrocientos en Tulagi y ochocientos en Gavutu. Les hemos cogido por sorpresa... No esperaban nuestro ataque.

—¿Hay posibilidad de enviar mis crónicas desde aquí?

—Mañana, o quizá hoy, debe llegar un avión de la Marina. Yo procuraré que las mande usted con él.

—Gracias, señor.

Las patrullas por la selva habían comenzado, a renglón seguido de haber establecido el campamento.

No era conveniente que los soldados estuvieran ociosos y no lo habían estado. La limpieza de los alrededores era indispensable para que se normalizase algo la vida.

Día y noche las patrullas recorrían la selva, viendo a veces de lejos al enemigo y deseando entrar en contacto con él, pero los japoneses rehusan cualquier contacto.

Por fin, una mañana se presentaron en el campamento unos soldados transportando una gran cesta y llevando entre dos de ellos a un japonés vestido de paisano. Inmediatamente se armó un revuelo y todos acudieron a saciar su curiosidad, aumentada por la escasez de noticias y la esquivéz de sus contrincantes.

El coronel Grayson salió de su tienda de campaña con el capitán Cross y se mezcló a sus hombres. Soose, que había formado parte de la expedición capturadora, se cuadró y notificó a su jefe:

—Los han lanzado con paracaídas los japoneses—dijo, señalando a las cestas—. Algunas cayeron en nuestras líneas.

—Sí, se ve que necesitan provisiones. Llevad al prisionero a mi tienda—dijo el coronel entrando en aquel lugar.

Los soldados abrieron las cestas y Hook sacó la mano llena de un

puñado de proclamas redactadas en lengua japonesa. Se encaró con un joven, del que era fama que era capaz de descifrar las incomprensibles letras, y le encargó:

—Un momento. Oye, tú sabes leer estos garabatos. ¿Qué es lo que dice aquí?

El soldado no se lo hizo repetir dos veces y cogió el papel muy divertido, leyendo para sí durante unos momentos:

—Escuchad esto, muchachos: "El enemigo desfallece por momentos".

Taxi lanzó un grito y se dejó caer en brazos de Hook.

—Vaya, sargento, yo desfallezco.

—Espera, hay más. Escuchad: "Se acerca una expedición de desembarco".

—¿Qué os habéis dicho yo?—aseguró Soose riéndose.

—Sigue, sigue, estoy asustado—suplicó Butch.

—"Tengamos la seguridad de que nos ayudará el Cielo Imperial?"

—¿El Cielo? — protestó Tex—. Allí sólo van los bienaventurados...

Y así prosiguieron la audición de la lectura hasta que Grayson la interrumpió abandonando su tienda y acercándose a los demás. Llamó al sargento, que se cuadró inmediatamente:

—Diga al capitán Davis que venga, haga el favor.

El sargento meneó la cabeza.

—Está en la enfermería, mi coronel. Tenía un poco de fiebre.

—Será cuestión de días—aseguró el capitán Cross—. ¿Puedo yo hacer lo que le fuese a ordenar?

El coronel señaló a un par de indígenas, más negros que la pez y de crespa cabellera, así como al prisionero apresado hacía poco, y aceptó la proposición del capitán, explicándole:

—Me dicen estos indígenas que hay bastantes japoneses en el poblado de Matanikau, a unos ocho kilómetros de aquí. El prisionero cree que no podrán resistir mucho tiempo si los atacamos. Parece ser que no tienen comida y muchos de ellos carecen de armas. Vaya a investigar con una patrulla a ver qué hay de cierto, pero tenga cuidado. No se arriesgue más de lo necesario.

—Sí, señor, como usted ordena.

El coronel aprobó con la cabeza y meditó unos breves instantes.

—Debe usted ir en bote y no acercarse demasiado, para que no le tiren desde la costa.

Cross saludó y se alejó. el coronel llamó a Hook y le ordenó:

—Llévese a este individuo a la enfermería y que le traten bien. Es un amigo.

Hook dió una palmada en el hom-

bro del indígena herido y le hizo señal de que le siguiera, animándolo:

—Vamos, Jorge.

Un marinero, asombrado por la tremenda y tupida cabellera del herido, dió un paso atrás y comunicó a sus amigos la siguiente impresión:

—Fijaos en sus cabellos. Aquí se podría instalar una fábrica de colchones.

El capitán Cross estaba a punto de entrar en la enfermería cuando se le acercó Soose, con los ojos irradiando entusiasmo y anhelo. El capitán se detuvo a ver qué deseaba y Soose inmediatamente le expuso:

—Capitán Cross, ¿quiere que vaya con usted? Yo conozco las selvas igual que la palma de la mano.

—Sí, puedes venir conmigo, Alvarez—aceptó contento el capitán, por el gran refuerzo que significaba el mejicano.

—Gracias, mi capitán—dijo Soose cuadrándose ante él y echando

a correr en busca de su pistola ametralladora.

Entonces el capitán Cross penetró en la enfermería, donde Davis estaba tumbado con el termómetro en la boca, mientras un sanitario anotaba las variaciones de su temperatura. Cross se sentó en el borde de la cama.

—¡Vaya, chico, tienes suerte! Aquí quietecito para que te cuiden mientras yo me voy a cazar japoneses.

Davis se quitó el termómetro de la boca y se apoyó en los codos, cerrando fuertemente las mandíbulas:

—Un momento... Si hay que ir a cazar japoneses, seré yo quien lo haga.

Cross se echó a reír y le empujó contra la cama y, después de golpearle la espalda con la mano, se levantó, ordenándole:

—Vamos, tú quédate aquí y ponte bien, que yo lo haré por ti.

Con estas palabras aquellos dos buenos amigos se despidieron...

CAPITULO III

MATANIKAU

El haber tomado como objetivo a Matanikau constituía el primer ataque formal contra el enemigo. Entrañaba la expedición no tener que esconderse en las trincheras, mientras los aviones japoneses volaban sobre ellos, que estaban inermes para contrarrestar las razas aéreas.

En Matanikau había japoneses, hombres de carne y hueso como ellos; en el poblado se verían las caras, que era, como decía el capitán Cross, lo que estaban deseando.

El capitán Cross, un teniente, un sargento y quince soldados, entre los que estaba Soose, se embarcaron en dos gasolineras guardacostas y despegaron de la playa, navegando hacia alta mar. En cuanto estuvieron a una distancia conveniente, siguieron una ruta paralela a la costa y hacia el Oriente, o sea tomando su base como punto de referencia.

La gasolinera del capitán Cross iba a la retaguardia. Durante la pri-

mera hora no ocurrió nada digno de mención... Pero, de pronto, Soose lanzó un grito de advertencia y señaló el horizonte:

—Mire, mire, mi capitán.

Cross asió sus anteojos hacia el lugar indicado por el mejicano y percibió cómo emergía un submarino con el pabellón japonés enarbolado. Los soldados lo observaban, pálidos y silenciosos.

—Se aleja de nosotros—comunicó el capitán—. No, ya nos ha visto. Se dirige hacia aquí.

—Volvamos—opinó un soldado.

—No, no nos alcanzará—contestó el piloto.

Las gasolineras forzaron la marcha y pronto marcharon a toda velocidad. Pero era una presa fácil para el submarino, en cuya cubierta varios tripulantes se afanaban al pie de un cañoncito situado a popa. Una nubecilla de humo fué el aviso del primer disparo. El proyectil ex-

trajo de las olas una cortina de agua que salpicó a los soldados.

El cañón dividía sus balas entre las dos gasolineras. La puntería resultaba cada vez más afinada y el pesimismo cundió entre los hombres.

—No le podemos adelantar—gruñó un soldado.

—Maquinista, tenemos que ganar la carrera—ordenó el capitán Cross—Resguarden la cabeza.

Todos se arrodillaron, incluso el prisionero japonés, cuyas estóldas facciones tenían la inmovilidad del bronce. Los disparos menudearon, ya peligrosamente próximos. Únicamente un milagro podía salvarlos, porque la rápida carrera de las dos gasolineras no era óbice para evitar su fin.

—Quizá tengamos que seguir a nado—murmuró Cross.

Soose descolgó su pistola ametralladora del hombro y se desabrochó rápidamente la guerrera, en tanto que decía más para sí mismo que para los demás:

—No se pasa mal en esta vida, pero a mí me parece que se va a acabar demasiado pronto.

Algunos soldados siguieron su ejemplo. Los ojos se fijaban con ansiedad sobre la borda en dirección del certero cañoncito. Y no se hizo esperar lo que estaban barruntando.

La gasolinera de delante fué cazada en la parte central y empezó a arder con una humareda espesa y apertosa. Su marcha se fué acortando lentamente.

Sin embargo, sus tripulantes lograron salvarse gracias al negro humo que interponía una barrera, detrás de la que eran invisibles. El capitán ordenó al piloto de su embarcación:

—Acerquémonos a ella.

Su gasolinera hizo un viraje y abió a la tocada por el lado menos expuesto al fuego. Los hombres transbordaron en un santiamén y se despegaron de la devoradora hoguera a que había quedado reducida la embarcación.

Otra vez estaban al alcance del enemigo. El submarino seguía disparando. De súbito, un gran salpicón se levantó en el centro de él. Las baterías costeras norteamericanas lo habían descubierto y se apresuraban a darle merecida réplica.

El fuego del submarino fué amainando, a medida que el de las baterías de la costa arreciaba con precisión creciente. Los soldados de la gasolinera vitoraban la seguridad del tiro de sus compatriotas. Un seco chasquido, de timbre metálico, fué indicio de que el submarino había sido alcanzado.

El sumergible se apresuró a hun-

dirse en el mar. Pero ya era tarde. Escoró y, después, su proa apuntó al cielo como un monstruoso índice de acero. Y rápidamente fué engullido por las aguas, entre las aclamaciones de los hasta entonces perseguidos.

El capitán Cross prefirió esperar a que oscureciera para desembarcar cerca de Matanikau, a pesar de que el prisionero japonés le aseguraba con insistencia que no pasaría nada, que sus compatriotas hambrientos y sin armas, estaban esperando la llegada de los norteamericanos para rendirse.

La playa era el calco de la que se habían apoderado el día del desembarco. Una amplia faja de arena y los avances de la selva constituidos por una línea de palmeras. Los soldados saltaron al agua y corrieron hacia el parapeto natural excavado por la marea. Una vez estuvieron echados, el capitán ordenó al piloto de la gasolinera:

—Usted puede regresar. Nosotros volveremos por tierra. —Luego, dijo a los soldados:— Bien, muchachos, vamos a cavar una trinchera.

La tarea no fué difícil porque la arena húmeda apenas ofrecía resistencia. Más que una trinchera era un hueco lo que cada hombre ahondaba para sí. Después, escutaron

la selva, asestando los fusiles contra ella.

Cross, el teniente, el sargento y el prisionero japonés, se levantaron mientras el teniente preguntaba:

—¿Por qué hacemos trincheras aquí, capitán?

—No quiero confiar en nada. Vamos a dar un vistazo por aquí.

Los cuatro hombres con la confianza puesta en los quince fusiles que les guardaban las espaldas, se adelantaron, salvando el hueco producido por un obús en la playa y pisaron la línea de avance de la espesura. El prisionero japonés iba delante y los guiaba entre la maleza.

No habían avanzado una veintena de metros cuando crepitó una ametralladora y retumbó el disparo de los fusiles. ¡Era una emboscada! Los japoneses tiraban disfrazados por la maleza. Los cuatro hombres cayeron al suelo, permitiendo que los soldados norteamericanos enviaran una andanada de disparos en contestación.

Cross se arrastró sobre los codos hasta el prisionero japonés. Estaba muerto. El sargento rebullía tocándose la pierna herida. Progresó hasta él el capitán.

—Tenemos que volver a la playa, ¿podrá usted hacerlo?—dijo Cross.

—Sí, señor.

Cross le pasó el brazo por la cintura, recogió su pistola ametralladora y retrocedieron con toda la prisa permitida por el estado del sargento. Las detonaciones se reanudaron por ambas partes. Soose disparaba como un endemoniado, con la cara crispada por el odio. El sargento vaciló, cayó al llegar a la arena y el capitán lo levantó, echó-selo al hombro y de esta manera corrió hacia su línea, despreciando heroicamente la muerte.

—¡Eh, cabo! ¡Ahí viene el capitán!—avisó Soose, que fué el primero en apereibirlo.

El cabo dió la orden de alto el fuego y minutos después el sargento era curado por Soose. El herido no parecía preocuparse gran cosa de sí mismo, ya que preguntó:

—Mi capitán, ¿qué ha sido del teniente Thurmond?

—No lo sé. Soose, a ver si tú puedes encontrarle—indicó el capitán al mejicano.

Soose aprestó su pistola ametralladora y corrió zigzagando por el mismo camino por donde había regresado el capitán. Al llegar al primer hoyo de obús se lanzó de cabeza hacia él, porque los japoneses le acosaban a tiro. Miró a su alrededor. La selva estaba a un paso. Allí se encontraba en su elemento. Y saltó, escondiéndose co-

mo un reptil detrás de las matas y de los troncos.

El cuerpo de Thurmond reposaba inerte. Soose se arrodilló junto a él y le tomó el pulso. No latía.

De la maleza brotó un japonés, trotando con la bayoneta paralela al suelo contra el postrado Soose. Pero el soldado tenía el oído muy fino; tuvo tiempo de hacer un quite y de desviar la bayoneta con el cañón de su arma. Fué para él un juego de niños arrancar el fusil a su enemigo y darle un culatazo mortal. Aun tenía el fusil asido, cuando otro japonés se lanzó sobre él. Paró el ataque con la bayoneta de su víctima y sus fuertes músculos enviaron al suelo al japonés, atravesado de parte a parte.

Tornó a tabletear la ametralladora y Soose se dió a la fuga, esquivando los proyectiles y dejándose caer de un salto junto al capitán Cross. Cuando éste supo la muerte del teniente y la innegable emboscada, pronunció en voz alta:

—Tenemos que avisar al coronel Grayson que estamos en peligro... Necesito un voluntario.

—Yo iré mi capitán—se ofreció el cabo.

—Está bien. Adelante.

El cabo se arrastró por el suelo durante unos metros; luego, seguido por los ojos de sus compañeros,

se enderezó y avanzó con ligereza. Un disparo. El cabo se desplomó sin vida. El fuego general estalló por ambas partes. Pero era inútil. Todos los soldados caían heridos mortalmente en la cabeza, sin saber en dónde se escondían sus enemigos más que por el estampido de sus armas.

La noche se fué cerrando lentamente. Los norteamericanos, incluso los heridos, prosiguieron luchando contra el enemigo invisible, con la esperanza —contra toda esperanza— de que llegase el auxilio. Pero al salir el sol incluso se desvaneció esta lucecita que animaba a sus almas.

De toda la patrulla no quedaban vivos más que tres hombres: Cross, Soose y un soldado, que fumaban un cigarrillo, el último de sus pitilleras, pasándosele de uno a otro. Los demás yacían muertos en sus puestos, mientras el indiferente océano se les acercaba paulatinamente con el aumentar de la marea.

Pronto las olas les expulsarían de aquella posición. Era inútil permanecer en ella. Cross dió una chupada a la colilla y la arrojó al agua, que estudió durante unos momentos. Después, apretó su pistola ametralladora y dijo a Soose:

—Sería mejor intentar llegar a las palmeras.

—A la orden, capitán.

Los tres hombres se pusieron en pie y volaron hacia la selva. Los japoneses apretaron los gatillos de sus armas y los tres soldados cayeron al suelo. El casco de Cross había resbalado de la cabeza del capitán, que estaba de bruces en la arena. En el fondo del casco se veía, atravesada por un disparo, la fotografía de su esposa y de sus hijos...

Muy lentamente la diestra del capitán se acercó al casco, en busca de la imagen de los seres queridos, pero jamás llegó a tocarlo...

Soose, el único superviviente de la patrulla, retrocedió a la trinchera y disparó contra los japoneses que se movían entre los árboles. Luego, quitóse el casco, las botas y se desabrochó la camisa. Los japoneses estaban muy próximos y las balas silbaban en torno de la cabeza del soldado.

Finalmente, éste se lanzó de cabeza a las olas, buceó durante un rato, perseguido por los proyectiles y nadó hábilmente hacia el aeródromo, aunque antes miró hacia atrás, en dirección del ahogado capitán y de sus heroicos camaradas...

La noticia del destrozó de la patrulla, comunicada por Soose, impresionó hondamente al campamen-



Los soldados enseñan una mina, agitada por el poder Dinacul.



El padre Dinacul enseña a Tati practicar una arrojando de una.



Los soldados se enseñan, hace los tales niños, escribiendo en los libros o se divertan.



A una zona de Hock entran hacia la primera línea de la guerra.



Come un río, sempre velluto con las alas
enagüadas Abia el Interior.



Chick, el padre Dumfly y el angélico Koolt iban a la catedral.



Para recibir un poco de la vida y el sol, los compañeros de los



Unos indígenas, a quienes había enviado para recibirlos



Después, el sacerdote hizo la señal de la Cruz.



Después y Cristo, los inseparables espíritus, vigilaban.





Los miembros de la infantería en Italia y S. S. S. S.
Los están con acciones de guerra.



Exhibición de anticomunistas al morir, esculturas la guerra.



Trojan con Bivas a suertes a sus compañeros heridos.



El primer movimiento de la guerra del mundo guerra.



Choué se réjouit de l'arrivée à Tassé de sa femme.



Tassé se réjouit d'être attendu.



Tassé reçoit à son retour, à son arrivée à Tassé.



Les bords du lac de Tassé, à Tassé.



Chick se estaba limpiando su nariz.



Los jóvenes y oficiales que estaban en la tienda de campaña se fueron.



Todo el campamento se agitó en torno del aparato de radio.



Hook, Taxi, Chick y los que esperaban con sus amigos la llegada de la policía.



Conferencia al padre Diomedes sus hijos.



Simón, impulsando por el avión, lo había adelantado a los demás.



Traf, que estaba tan tranquilo como el agua: de agua.



Las conferencias se marchaban, siendo reconocidas por el Generalísimo.

to. Los oficiales y los soldados observaban a Soose, que se retorcía los dedos y se mordía los labios, viva encarnación del odio y de la venganza. Todos aguardaron a que el coronel determinase lo que tenían que hacer.

—Creo que volveremos a Matanikau. Esta vez con toda nuestra fuerza y a dar la batalla—dijo, finalmente, el coronel.

Al día siguiente, hombres, muchachos, estudiantes, tenderos, empleados, caminaban por la selva. El padre Donnelly intentaba calmar el odio de Soose, Chicken y Hook, en la vanguardia de la columna, conversaban:

—¿Qué tal va eso, pollito?—preguntó el sargento—. ¿Sigues tan contento?

—Espera y pregúntaselo a los japoneses—tartamudeó el chiquillo.

Hook comprendió su nervosismo y Chicken, que intentaba encender, inútilmente, un cigarrillo, recibió el encendedor de sus manos. Taxi y Butch iban inmediatamente detrás de ellos. Ninguno de los dos, pese a la intranquilidad propia de los novatos, había perdido su buen humor y charlaban por los codos.

—Oye, Butch, ¿tienes un cigarrillo?—pidió Taxi.

—Sí, ya lo creo — le contestó Butch, alargándole una cajetilla.

—Cigarrillos japoneses...

—Sí, casi no es tabaco... Son bastante medianos—confesó su propietario.

—No vendrán mal, a pesar de ello, porque yo creía que eran bastante malos—replicó Taxi, poniéndoselo en la boca.

Al llegar a las cercanías de Matanikau, en donde se presumía que les aguardaban los japoneses, la primera compañía se desplegó en guerrillas, adentrándose en la selva con paso sigiloso, con una prudencia muy justificada por la proximidad del enemigo.

Ya habían avanzado bastante y los hombres se habían detenido en un lugar en donde comenzaba el declive de la colina y el campo abierto, cuando Soose, a quien la experiencia anterior había hecho muy cauteloso y que iba en la retaguardia de la compañía, descubrió a un japonés subido en una gruesa rama bajo la que tenía que pasar. Su pistola ametralladora vomitó plomo y Soose sonrió satisfecho:

—Esta por el capitán Cross — dijo, enviándole una última bala.

Ahora bien, el tableteo del arma del soldado detuvo la progresión de los japoneses que se deslizaban por la hondonada descubierta y algunos retrocedieron. Los norteamericanos entablaron combate, derri-

bando a sus enemigos, sintiéndose más seguros al hacerlo.

Pero los japoneses no retrocedían y eran tres veces más numerosos que ellos. Hook, que recorría la línea seguido de Chicken, indicó el emplazamiento de los morteros, que momentos más tarde dispersaban a los japoneses, destrozando sus grupos y los nidos de ametralladoras emplazados en la ladera opuesta. Y los soldados cargaron contra ellos.

Fue cosa de un segundo ponerlos en fuga. Hubo algunos combates al arma blanca y un soldado aniquiló a los servidores de una ametralladora con una bomba de mano. Llegado que hubieron a la colina opuesta, los norteamericanos volvieron a entrar en la selva y derribaron a los enemigos subidos en los árboles. Davis, Hook y Soose, con sus pistolas ametralladoras, hacían maravillas.

De esta manera, alcanzaron un claro en cuyo otro lado estaba Matanikau, pero había una fuerza de resistencia bastante nutrida para que lograran continuar con su impulso inicial. Cada cual se parapetó en donde le plugo. Hook, Chicken, Taxi y Davis lo hicieron detrás de un grueso tronco medio carcomido. Las detonaciones eran frecuentes. Hook y Chicken se deslizaron ha-

cía la izquierda, esquivando los impactos de una ametralladora.

Un soldado llegó inesperadamente y se echó junto a Davis:

—Mi capitán, dice el coronel Grayson que disparen solamente hacia la playa... y solamente cuando vean al enemigo.

Davis se volvió hacia Taxi y otro soldado y les ordenó que hicieran correr la voz, pero sin exponerse demasiado. De tal modo, la batalla por aquel lado se convirtió en cacería de hombres.

—Oye, Hook, ¿qué te parece eso de matar a la gente? — preguntó Chicken.

El sargento le miró con lástima. Sabía lo que le pasaba al muchacho y le contestó con sequedad, para animarle:

—Se trata de matar o de que lo maten a uno, ¿no? Además, son enemigos. Sí, ya lo sé, pero la primera vez que se le da a uno...

—Sí, es algo emocionante; luego te acostumbras a ello en seguida. No pienses más en eso. Te volverás loco.

—¡Mira!—exclamó Chicken.

Indicaba el cuerpo de un oficial japonés caído a unos cuatro metros de ellos. Tenía a su lado un magnífico sable nipón, que hizo brillar los ojos del muchacho. Hook le detuvo

cuando iba a saltar al otro lado del tronco.

—Un momento. ¡Estás loco! Ya tenemos bastantes preocupaciones sin necesidad de ir a recoger recuerdos. Agacha la cabeza—le amonestó Hook.

Tex le llamaba desde un árbol cárcano, en donde estaba con Taxi. El sargento reptó hasta ellos y el tejano le señaló la copa de un árbol.

—¿Ves lo que yo veo?

Había un japonés escondido en ella. Una pierna le delataba. El tejano humedeció el punto de mira, se echó el fusil a la cara y, poniéndose una mano en la boca, lanzó un grito peculiar, que percutió entre los árboles. El japonés apartó las hojas y miró...

—Ya lo has visto—exclamó Tex, mientras el japonés caía muerto.

Chicken, al estar solo, se humedeció los labios, sin poder apartar los ojos del hermoso sable. Al fin, no resistió la tentación y corrió hacia el oficial. Empuñó el sable y lo miró maravillado. La mano del japonés "muerto" se movió hacia la pistola... Rápido como el viento, Chicken soltó el acero y dió un culatazo en la nuca del traidor. Un soldado japonés, desde un árbol, le atravesó a Chicken el pecho de parte a parte.

El gemido del muchacho llamándole llegó al sargento Hook, que se separó de Tex y fué hacia él sin preocuparse de las balas. Se arrojó ante el muchacho y estudió la herida. El sanitario a quien llamaba no aparecía. Hook, con sus hábiles dedos, desempaquetó el botiquín de urgencia individual y procedió a cortar la hemorragia.

—Yo... yo creí que estaba muerto...

—Sí, ya lo sé—le contestó afablemente Hook.

—Hook, ¿estoy muy grave?

—No, te curarás en seguida.

—Un sable tan bonito... yo, yo había prometido a una persona...

El arrojo del sargento al curar a Chicken sin protección, promovió un recrudecimiento de las hostilidades. Se cambiaron disparos de ametralladora y de fusil. Taxi y Tex daban buena cuenta de los que tenían delante, hasta que una bala atravesó el casco del primero. Este se palpó la cabeza y contempló el orificio de entrada y de salida.

—No es posible—murmuró, extrañado de que la bala no hubiera atravesado su voluminoso cráneo.

Hook había sujetado la cura provisional con esparadrapo y semiincorporó al muchacho, que se tambaleaba. Lo arrastró hasta un lugar

relativamente seguro y le preguntó:

—Vamos, hemos de irnos de aquí. ¿Puedes andar?

—Creo que sí.

Pero el dolor dobló sus piernas y Hook lo levantó en vilo con sus fuertes brazos alojándose de la primera línea, mordido por las balas. Chicken separó la cabeza del hombre del sargento y susurró:

—Oye, el sable...

—Sí, ya lo sé, lo prometiste. No te preocupes; yo volveré y te lo traeré.

—¿Lo harás?—gimió agradecido.

—Sí—le afirmó, sombrío, el sargento.

—Gracias.

—Y te traeré dos japoneses ensartados en él—concluyó ferozmente.

El camino hacia el botiquín describía una curva. El paraje no era seguro, porque las avanzadillas japonesas lo hostilizaban desde las cercanías. Un soldado informó al sargento:

—Allí, junto a aquellos árboles, hay una ambulancia. ¿Crees que podrás llegar?

Así lo afirmó Hook. Los proyectiles de una ametralladora le mancharon de polvo las perneras del pantalón. Desgraciadamente, los tiradores se pusieron al descubierto y

el soldado que había hablado anteriormente, descargó su pistola ametralladora sobre el primer tirador y lo hirió, e igual suerte corrió el segundo cuando quiso atender al servicio de la máquina.

—Hook, ¿qué hora es?—susurró Chicken.

—Te he dicho que no hables.

—Quiero decir en mi pueblo... nunca me figuré que pudiera ocurrirme esto... ¿Qué hora es, Hook?

El sargento calló. La ambulancia estaba a unos pasos y llamando al médico, depositó al muchacho sobre una camilla. El padre Donnelly acudió al segundo y el doctor, después de estudiar la herida, gritó:

—Sanitario... ¡plasma!

El sacerdote hincó en tierra por la bayoneta un fuell y el sanitario suspendió de la culata la goma de una gruesa inyección. El sacerdote se encaró con el agustado sargento, para quien Chicken era como un hijo, le apretó un hombro y le tranquilizó:

—Ya puedes regresar. Yo me ocuparé de él.

—Gracias, padre—contestó Hook, partiendo a renglón seguido.

La batalla de Matanikau terminó. En aquella poderosa guerra de masas de hombres, de aviones, de tanques, solamente había sido un episodio, una escaramuza... Habían re-

sultado muertos o heridos unas docenas de hombres, pero el enemigo había sido aniquilado y los soldados habían aprendido muchas cosas.

El coronel Grayson tenía razón. Aquella lucha no era un paseo. Pasadas las primeras emociones, ya eran veteranos. Habían recibido su bautismo de fuego. Ya no había fanfarronadas, sino un cierto respeto a los japoneses.

El camino que llevaba al campamento estaba repleto de camiones y ambulancias avanzando con su doliente carga. Los soldados, cansados, silenciosos, atontados por la difícil prueba, caminaban con la mirada perdida. Taxi llevaba a un compañero herido apoyado en su

hombro y con un gesto espontáneo se despegó un cigarrillo de los labios y se lo dió al herido.

Soose y el padre Donnelly transportaban entre ambos a un muchacho alcanzado en la pierna. La escena se repitió innumerables veces.

Apenas se oía una palabra. Todos se movían como borrachos o como en sueños. Había cabezas y piernas vendadas, trajes desgarrados, cigarrillos que no se habían acordado de encender.

Se hicieron viejos antes de tiempo. Eran muchachos y llevaban ya el horror de la muerte en sus ojos, que miraban fijamente, recordando a los amigos que dejaron atrás...

CAPITULO V

LUCHA DE TENACIDAD

PASARON los días. Los heridos sanaron y la normalidad volvió al campamento. Cada uno mataba el tiempo como se le antojaba y nadie lamentaba aquella holganza.

Una mañana, Butch y Taxi, a los que su buen humor reunía con frecuencia, estaban en el exterior del puesto, cambiando comentarios sobre los japoneses, ya cuantiosos, internados en el campo de concentración. Taxi, cargado con una caja, escuchaba absorto las charlas de los prisioneros y de buena gana hubiera dado su brazo derecho por entenderlos.

—¿Sabes lo que dicen éstos? — presumió delante de Butch.

—No—fué la intrigada y franca respuesta.

—No sabían que estaban en Guadalcanal.

Exhalaron una gran risotada que duró varios minutos. Finalmente, Butch se calmó y excitado por el

ingenio de Taxi puso el suyo a contribución, aseverando:

—Sí, están obcecados por su propaganda; creen que la isla sigue siendo suya.

—Sí.

—No parece que estén dispuestos a hacerse el harakiri. De todas maneras al registrarles les dejarían sin cuchillos.

—Yo tengo aquí uno que no me sirve—contestó Taxi, desenvainando el de reglamento.

Unos bocinazos y unos gritos interrumpieron el diálogo. Un "jeep" entró en el campamento, describiendo un amplio viraje, y frenó delante de la residencia del coronel. Los soldados acudían de todas partes. Butch y Taxi enarcaron las cejas.

—¡Correo! ¡Correo! ¡Eh, correo!

La caja de Taxi fué enviada contra el suelo y los dos se apresuraron a unirse con sus camaradas. Los oficiales y los soldados se apelo-

naban con igual avidez. Era el primer correo que llegaba a Guadalcanal, de aquí el interés y la emoción.

Tex, arrogante en su importante cargo de cartero, se levantó del asiento de conductor con un montón de cartas en la mano, que iba enviando a sus destinatarios, los cuales inmediatamente se marchaban a leerlas a un rincón apartado del bullicio.

—Malone—leyó Tex.

—Ese soy yo — declaró Hook, y como Tex olfateaba con delicia el sobre, protestó—: Venga, dame esa carta de una vez.

—Capitán Cross...

Un gran silencio se extendió. Davis se pasó la mano por la boca y dijo:

—Dámela a mí.

—Hay dos más, mi capitán.

Después le tocó el turno al padre Donnelly y un gran paquete voló por los aires, recogiéndolo el sacerdote con la habilidad de sus buenos tiempos de futbolista. Taxi, que estaba cercano, harruntó:

—Biblias.

—No pesa mucho... Debe ser más bien un bircocho—replicó el sacerdote.

—Harold Grayson.

—¿V Aloyalus T. Potts?—se impacientó Taxi.

—Calma, amigo, calma, que ya llegamos—rogó el calmoso tejano—McElvoy... McElvoy... Ese soy yo—sonrió.

Taxi estaba poco después al pie de su tienda contemplando un anuncio gimnástico. Soose, tendido en el suelo, leía una carta muy sonriente. Hook y Chicken, más retirados, hacían lo mismo.

—Querido Jesús, aquí cerca tengo tu retrato—leyó Soose en español, y en alta voz.

—¿Conchita o Lolita?—se interesó Taxi.

—¿Eh?... ¡Ah!... ¡Margarita!—confesó el donjuanesco mejicano.

—Escuchad esto — suplicó Taxi— Me lo envía el Club Atlético de Flatbush. "¿Qué tal se encuentra en estos días de prueba? Necesita hacer un ejercicio físico continuado. Le ofrecemos un curso completo de cultura física por veinticinco dólares."

—Eso me parece... barato—opinó Hook.

Taxi se inclinó hacia Chicken que leía pacíficamente, pasándose la mano por el pelo, la carta recibida. El muchacho alejó la carta de su vista, apretándosela contra el pecho, con un gesto defensivo. Taxi le miró comprensivo.

—Sí, no te preocupes. Es de una mujer y siempre hace lo que tú

quieres—le calmó Taxi dejándole en paz.

Un soldado pasó corriendo ante ellos, agitando unos pliegos, loco de alegría y voceando con todas sus fuerzas:

—¡Muchachos, soy madre! ¡Se llama Geraldina! ¡Tiene tres meses! ¡Muchachos, soy madre!

El padre Donnelly ya había desempaquetado el bulto que había provocado la curiosidad de Taxi y cuyo contenido repartió entre los soldados, diciéndoles:

—Muchachos, aquí tenéis revistas para leer.

—Gracias, padre. Ahora sabremos qué tal nos estamos portando.

La carta de Chicken eran dos pliegos, escritos con una letra muy correcta, y decía, entre muchísimas cosas: "...tu padre y yo fuimos ayer a dar nuestra sangre a la Cruz Roja. Después le dan a uno café con leche y bizcochos..."

El coronel Grayson, en su tienda, gruñó contento al terminar la lectura de sus pliegos y miró al capitán Davis que estaba muy pensativo.

—De mi mujer y sin pedir dinero—se hubiera mordido la lengua al advertir la triste expresión del valiente capitán.

—No sé si ya lo sabrá Edith...—se decía Davis.

Butch salió de la cocina y se acercó a los corresponsales de guerra que se habían acomodado en el comedor. Uno leía un libro muy voluminoso. Como la curiosidad no era uno de sus defectos más disimulados, se inclinó sobre los papeles del corresponsal de la derecha y lanzando una ojeada, hizo una mueca de extrañeza:

—¿Qué es eso?

—De mi futuro editor. El libro del mes.

—¿Qué tienes?—preguntó al que leía.

—“Lejano recuerdo.”

—¿Sí? ¿Y de qué se trata?—inquirió Butch no muy contento.

—De la batalla de Gettysburgh.

—¿Gettysburgh?

—Sí, ya sabes, Gettysburgh... Gettysburgh Adress—intervino el otro corresponsal.

—¿Gettysburgh Adress?—repitió Butch al que el nombre no sonaba.

—Sí, hombre, donde vivió Lincoln... La guerra civil. ¿No te acuerdas?

El rostro de Butch se aclaró inesperadamente, mientras su amplia boca sonreía.

—¿La guerra que sale “En lo que el viento se llevó”? ¡Muchachos, eso sí que era una guerra!—alabó volviendo a sus peroles.

El último soldado que quedó junto al "jeep", fué Sammy, con aire desesperado, que conmovía a Tex, el cual no se atrevía a mirarlo a la cara, como si tuviera la culpa de la falta de correspondencia para su amigo.

—¿Estás seguro de que no hay nada para mí, Samuel Klein?...

—Lo siento, Sammy, no hay nada más—y añadió, mientras Sammy se marchaba—: Seguramente te escribieron, pero no alcanzaría al barco. Ya sabes lo que pasa con el correo...

Sammy no le escuchó y cruzó sombrío delante de la tienda de Hook y de sus amigos, que todavía saboreaban el dulce aroma que su patria les había enviado dentro de los sobres. Hook adivinó lo que le ocurría y quiso distraerle enseñándole sus cartas.

—¡Eh, Sammy, ven acá! Quiero que leas esta carta de mi futura esposa.

—Debe ser una dama muy importante si te vas a casar con ella.

—Espera un poco—le retuvo el sargento—. Lo que os pasa a vosotros es que no conocéis a las señoras. Anda, lee, lee lo que dice...

—¿Y por qué supones que yo sé leer?—rechazó, corriendo hacia la selva.

Los amigos le miraron moviendo

la cabeza, algo avergonzados de su felicidad. Este fué el acontecimiento más importante de aquellos días: la llegada del correo.

Pero no paró aquí la fortuna de derramar sus dones sobre el pequeño grupo de amigos. Esta vez le tocaron en suerte a Chicken. Se estaba peinando y se miraba en un espejo, cuando de repente se puso el dedo en la barbilla y se acercó más al utensilio, palpándose muy entusiasmado algo. ¡No había ninguna duda!

—Taxi, ¿quieres prestarme tu máquina de afeitar cuando termines?

Taxi se estaba afeitando frente a otro árbol y al oír la inusitada petición del chiquillo, cesó de hacerlo y se encaminó hacia él con la cara a medio enjabonar.

—¿Para qué?

—Es que la mía ha debido perderse en el camino—se señaló orgulloso la barbilla.

—A ver...—suplicó Taxi.

Le tomó la cara entre las manos y estudió bien el acontecimiento. Era un largo pelo de barba. La cosa valía la pena. Incluso Taxi estaba un poco orgulloso de la nueva adquisición de Chicken. Se separó de él y gritó:

—Tex, Soose, muchachos...

—Déjate de bromas — protestó Chicken.

—Venid en seguida, quiero que investiguemos este caso. Fijaos, fijaos. Le está saliendo la barba.

—¿Dónde?—quiso saber Tex.

Ya era demasiado tarde para evitar el escrutinio y Chicken tuvo que someterse a él, quieras que no. Varios pares de ojos estudiaban su epidermis.

—Ahí... Se puede ver a simple vista—aseguró Taxi.

—Sí—confirmó Tex.

—¿Creeis que debemos afeitárselo?

—No, vamos a dejarlo que crezca para ver qué pasa. ¿no?—aconsejó Hook.

—Sí, debe ser gracioso—aprobó Taxi, haciéndole un guiño.

—¡Vaya!

Los enormes dedos de Taxi se cerraron sobre el incipiente pelillo y, con gran desesperación e ira de su propietario, lo arrancaron de suajo, dejando mondo y lirondo aquella interesante parte de la persona del muchacho...

Hook se paseaba por el campamento. El padre Donnelly le detuvo en el momento en que iba a entrar en la cocina y le enseñó algo que hacía saltar en su mano.

—Mira lo que encontré.

—¿Un limón!—se relamió Hook.

—¡Vaya! Si tuviese hielo y agua de seltz, un poco de marrasquiño y una botella de ginebra, le haría un cocktail... Bueno, ya sabe usted que lo digo en broma, padre.

—Sí, hijo, de acuerdo... pero si encuentras esos ingredientes, avísame.

Del pabellón del coronel salió un soldado semidesnudo y tañó una aguda campana, mientras que otro vocaba la presencia de aviones japoneses por aquellos contornos. En un abrir y cerrar de ojos, el campamento quedó desierto, exceptuando a los artilleros que apostaron sus máquinas. Los hombres entraban, mejor dicho, se tiraban de cabeza a los refugios...

Taxi y Chicken, como tenían el suyo al lado, no tardaron ni un segundo a hacerlo. El padre Donnelly se juntó a ellos y los tres esperaron con el cuerpo semisacado, contemplando el espacio.

Butch dió la orden de apagar el fuego de la cocina, lo que provocó una gran humareda, y luego corrió de un lugar para otro, como le acostumbraba suceder, gritando:

—Cuidado, muchísimo cuidado. ¿Dónde está mi casco? ¿Dónde está mi casco?

Taxi no estuvo tranquilo hasta que su perro estuvo entre sus brazos. Inmediatamente tres grupos

de siete aviones de bombarderos japoneses aparecieron en el firmamento, volando impasibles, fatídicos, con rumbo al campamento.

Las baterías antiaéreas sembraron el cielo de tachones negros... Pero, en vano. El enemigo no se dispersaba y pronto los servidores de las baterías tuvieron que meterse en los refugios practicados al pie de las piezas.

Los tres hombres abrieron la boca y metieron la cabeza entre los brazos, pegando la cara al suelo. Los bombarderos ya volaban sobre el campamento. Un agudo silbido fué el preludio de la caída de una bomba. Pareció que un puño gigantesco e invisible se abatía contra la tierra y la hacía temblar. Una espesa polvareda fué el eco de la explosión. A esta bomba siguieron otras, sembrando la destrucción sistemáticamente, haciendo añicos los cobertizos, horadando las tiendas...

Finalmente, los aviones se alejaron acosados por los disparos de los antiaéreos. Los soldados corrieron hacia las cabañas en llamas. Chicken levantó el rostro. Sangraba ligeramente por la nariz.

—Padre... Padre Donnelly — se alarmó, tocando la sangre.

—Está herido—gimió Taxi.

—No, no es nada, es una contu-

sión. No te des tan fuerte contra el suelo — le aconsejó el sacerdote—. Para otra vez, pon los brazos debajo.

—Ya verás cuando lleguen nuestros aviones. Entonces no va a quedar ni uno de esos pajaritos—dijo Taxi.

—Sí, pero... ¿dónde están los nuestros?—replicó Chicken.

El día 10 de octubre una larga hilera de soldados, "jeeps" y camiones entró en Henderson Field. Eran los refuerzos enviados por el Ejército. No llegaban a destiempo, porque, después de tantos días de lucha y de trabajo, los soldados estaban fatigados. En cambio, el enemigo engrosaba constantemente con hombres transportados desde Bougainville y Rabaul.

Chicken se subió en el guardabarros de un camión, que frenó cerca de su tienda, y estrechó las manos de diferentes recién llegados, los cuales experimentaban una excitación similar a la que habían experimentado los veteranos el día del desembarco. Tex y Taxi treparon al vehículo y entablaron conversación.

—Nunca pensé que pudiera alegrarme tanto de ver a los soldados —aseguró Chicken—. ¿Qué tal, amigos? Me llamo Anderson, Chicken Anderson.

Un soldado recién llegado extendió su vigorosa diestra a Tex.

—¡Hola, muchacho! ¿Cuántos japoneses has matado ya?

—¡Chist! En confianza, eso es un secreto militar—respondió Tex.

Todos rieron esta salida, pero fué Taxi quien contribuyó más al alborozo general, con su imperturbabilidad característica.

—Creí que estabais aún en trincheras, en la plays — le decía un soldado, maravillado de la disposición del campamento—. Esto está bastante bien.

—¿Verdad? Deja que pase el tiempo, amigo, y verás como no es-

tá tan bien—y cambió de conversación, refiriéndose a otro—. ¿De dónde eres, soldado?

—De Minnesota.

—Yo soy de Viatbush—le comunicó Taxi, dándose importancia.

—Jamás lo oí nombrar — dijo su interlocutor con desconcertante franqueza.

Resonó una carcajada. Taxi tuvo que sostenerse para no caer, vencido por su propia hilaridad. Luego, percatándose de que la confesión del desconocido no era muy halagüeña, cerró la boca en seco y exclamó:

—¿De qué me río yo?

Las semanas pasaron. Se había vencido al enemigo en todos sus ataques aéreos, hundido sus barcos, hecho centenares de muertos. Pero el japonés, contrincante obstinado, se había parapetado en las cavernas que había en la isla, constituyendo una constante amenaza para las patrullas norteamericanas.

Tenía que ser desalojado de allí y esta tarea había correspondido al

coronel Grayson y a sus hombres. No era una cosa fácil. Las cuevas naturales en las rocas eran posiciones excelentes, desde donde las ametralladoras podían barrer el valle. Los hombres que las servían eran fanáticos; morían en sus puestos prefiriendo esto a rendirse. Por consiguiente, había que eliminarlos uno a uno para ocupar las grutas en donde se escondían.

Davis, Hook y sus hombres entraron en una cañada, cerrada en uno de sus extremos por una pared rocosa, cuyas cuevas, de diverso tamaño, le prestaban una configuración comparable a un corte vertical de una colmena.

Davis avanzaba con lentitud, empujando su pistola ametralladora. Nada traicionaba la presencia de los japoneses. El horadado muro no podía ser más inocente. Sin embargo, en cada una de sus cuevas había docenas de japoneses apretando los fusiles. Las dos de mayor tamaño contenían varias ametralladoras, cuyo punto de mira encajaba la fila india de los soldados norteamericanos.

La ametralladora japonesa "habló" de pronto. Los soldados de la Infantería de Marina se dejaron caer y se desparramaron en todas direcciones, obedeciendo un ademán silencioso de Davis. El peligro había disminuído mucho al desconcentrarse los hombres y se estableció una batalla. Hubo algunas bajas por ambas partes.

—¿Qué te parece, Hook?—preguntó Davis al sargento, tumbado a un metro escaso de distancia de él.

—Creo que no está mal.

Esta contestación, ambigua a primera vista, significaba la posibilidad de atacar al enemigo en su

propio terreno. Los dos jefes descargaron sus pistolas ametralladoras e hicieron algunas brechas en las filas japonesas. Taxi y Tex tampoco perdían el tiempo. A pesar de ello, la posición de los norteamericanos era desventajosa, puesto que, dominada desde las cuevas, tarde o temprano tendrían que abandonarla.

—Habrá por lo menos treinta o cuarenta en cada una de esas cuevas. Hay que sacarlo de ahí—murmuró Davis y habló al sargento—Malone, tú y Pott sabéis escalar.

—¡Ya lo creo!—se entusiasmó el atlético Taxi.

—Subid por encima de las cuevas y lanzad granadas de mano. Nosotros os protegeremos. ¿De acuerdo?

—A la orden.

Los dos hombres burlaron los disparos japoneses, se encaminaron al puesto de reavituallamiento de municiones y se llenaron los bolsillos de bombas de mano. El capitán Davis les vió describir un círculo y emprender el escalamiento de la pared rocosa. Fué un juego de niños para los dos llegar a la cima sin ser descubiertos.

Antes de pisar la cumbre, Taxi se arrodilló, mordió una bomba de mano, contó y la arrojó contra una caverna. Un soldado japonés, rápi-

do como el pensamiento, la envió al fondo del valle antes de que estallara. Taxi se juntó a Hook, el cual, reteniéndola el tiempo necesario, lanzó otra bomba contra la caverna más cercana y consiguió lo que se proponía. Los tiradores enmudecieron.

Un soldado subió hacia Taxi, le entregó un paquete suspendido de una cuerda muy larga y le avisó:

—Es idea del capitán Davis. Dice que lo hará volar todo en pedazos.

—Dámelo.

Mientras tanto, los soldados, notando que cedía la resistencia, se lanzaron al asalto. Los japoneses sufrieron los efectos de las bombas de mano, pero refugiándose en el fondo de las cuevas apuraban a los asaltantes con mucha tranquilidad.

Taxi entregó el paquete a Hook. Este se pasó la cuerda por la cintu-

ra, encendió la mecha del artefacto y ordenó a su amigo que le sujetase. Chisporroteaba la llama de la mecha, cuando Hook llegó a una cueva situada sobre la caverna, núcleo principal de resistencia. Hizo balancear el artefacto... que cayó en el interior.

Los soldados, entretanto, entraban a la bayoneta calada en algunas de las hoquedades naturales y los japoneses no debían pasarlo muy bien, ya que sus disparos amainaron.

La caverna principal, inesperadamente, en tanto que Hook se apretujaba contra la pared de su covacha, se encendió en una llamada inmensa, titánica, que se retorció unos segundos en el aire, los segundos que precedieron al colosal estampido...

Luego, silencio.

CAPITULO V

LA ORACION DE TAXI

Medio campamento formaba la muchedumbre que esperaba con ansia la retransmisión del resultado del campeonato de rugby, jugado entre los Yankis y los Cards. Taxi, como más aficionado, se había apoderado del mejor sitio delante del aparato portátil de radio, que no permitía manejar a nadie, ni a sus mejores amigos o superiores.

—Ahora va la acción deportiva.

Hook hizo callar a todo el mundo, pero Taxi, a quien los preliminares de ritual tenían sobre ascuas, omitió la orden del sargento y vaciló:

—Los Yankis los derrotarán a todos.

—¿Cómo es eso? ¿Aloysius T. Potts va a ir a favor de los Yankis?

—Ea que yo vivo en Nueva York, ¿no? —replicó Taxi al sargento.

—¿Desde cuándo Flatbush forma parte de Nueva York?

—¿Quién ha dicho que Flatbush forme parte de Nueva York? Es al revés.

Como a nadie le importaban las sutilezas del neoyorquino por adopción, le afearon su indisciplina y le mandaron callar enérgicamente. Habían llegado a la parte capital del resumen del partido. El locutor dijo:

—El Parque de Deportes de San Luis estaba lleno; treinta y cuatro mil doscientos cincuenta y cinco espectadores han presenciado el segundo partido, entre el Cards y el Yanki, de Nueva York. Estaba Ernie Bonham...

Taxi se secó el sudor de la palma de sus manos en las perneras de los pantalones y alabó:

—Entonces, no hay que hablar...

—Sí—le amonestaron.

—No hay que hablar—le recalcó Tex.

Restablecido el silencio, todas las cabezas avanzaron hacia la ra-

dio, que continuó retransmitiendo:

—Los Cards, en cambio, han presentado a su nuevo elemento, Johnny Baasley, de veintitrés años, que ha constituido una verdadera sorpresa...

—Vamos, de una vez—apremiaron los impacientes radioescuchas.

—Vamos, el resultado; dínos el resultado y ya está—rugió Hook.

Pero la radio prosiguió impasible su reseña:

—Se vieron algunas jugadas verdaderamente brillantes, pero solamente cuando el marcador señalaba uno a uno es cuando comenzó la verdadera emoción que esperábamos.

—¡Dínos* el resultado! — tronó Hook.

Taxi no podía estarse quieto. Los soldados botaban de nervosismo. Y el locutor, ajeno a ello, hubiera firmado su sentencia de muerte de haber estado en su presencia.

—Jim Brow y Terry Noore, del Cards, jugaron maravillosamente, pero Enos Slaughter hizo una jugada rapidísima y consiguió librarse de ellos en veloz carrera a través del campo.

—¡Ya sabía yo que lo haría!—gritó alguien.

Taxi comenzaba a resentirse de un atisbo de desaliento y dió un puñetazo en la palma de su mano,

hablando a la radio como si pudiera entenderle:

—Está bien, está bien, no hay que pensarlo más. Calma, Ernie, calma y a marcar tantos.

—Roy Cullenbine, que al principio parecía algo atemorizado ante tan formidables adversarios, hizo un tiro formidable...

—¡Bien, muchacho!—aulló Taxi.

—Pero Phil Rizzuto dejó escapar el balón a pocos metros de él...

—¡Fuera ese!—abucheó Taxi.

—...Y mientras estaba aún buscándolo, Slaughter le saltó a los pies y marcó el tercer tanto...

—Ya me esperaba yo eso — se deshinchó Taxi.

—¡Vamos!—protestaron algunos.

—Aun no ha terminado, no ha terminado—intervino Hook.

—Stan Nussal interceptó a Bonham con un dos-tres y, cuando todo el público gritaba esperando el tanto... él...

La radio carraspeó, balbució, produjo parásitos, hubo un bache. Los soldados se lanzaron sobre ella y la golpearon, intentando restablecer la normalidad de onda. Hubo un barullo de los que hacen época. Todos gritaban; el más indignado era Taxi. Así volaron dos preciosos minutos que les pusieron el alma en un hilo y al borde de un ataque de hiler.

Taxi, que había oído murmurar al aparato, por debajo de sus toses y del tumulto: "¡...y el resultado final!"

—¡A ver el resultado! — clamó con voz estentórea.

Sonrieron y reinó un silencio sepulcral.

—...Así es como terminó el partido.

Se levantaron y empujaron el aparato de radio, despreciando cada uno a sus amigos, riñéndose:

—¿Lo estáis viendo? ¡Por armar tanto escándalo!

Los pobres soldados de Guadalcanal perdieron así una oportunidad de humillar a Taxi con sus burlas.

* * *

Era noche cerrada. La luna reaparecía de vez en cuando entre las sombrías y pesadas nubes, que vaticinaban la cruel tormenta de los trópicos. Una calma tanto más anormal cuanto los hombres reposaban inquietos en sus tiendas, cubría Henderson Field.

Los centinelas se paseaban monótonamente por entre los cobertizos. Sus pasos rítmicos apenas suscitaban algún que otro rumor.

Un lacerante albedo se adelantó al fragor de los estampidos de los obuses. Los barcos de guerra japoneses disparaban todas sus baterías contra el campamento. Los centinelas dieron la voz de alarma. Los

soldados precipitadamente sacados de su sueño, corrieron alocados hacia los refugios. El perro de Taxi fué el primero en entrar en el resistente cobijo construido por los amigos.

Una palmera fué tronchada por un proyectil y se desplomó con un crujido tremebundo sobre una frágil tienda de campaña, en donde un soldado sacudía a otro, repitiéndole:

—Don, Don... ¡Alarma!

Salieron en un segundo de la tienda aplastada por la palmera, mientras el dormilón decía:

—Es la primera vez que he dormido con un árbol.

Soose fué el más veloz y soate- niéndose el casco penetró en el refugio. Los demás no tardaron mucho. El último fué Chicken que se lanzó de cabeza, como si se arroja- ra a una piscina, en el preciso se- gundo en que un proyectil estalla- ba a su lado.

En el hospital de campaña, los médicos estaban operando a un sol- dado, auxiliados por el padre Don- nelly. Al oír el rugido de la artille- ría, se pararon un momento. La ex- pansión del aire estremecía la lona de la tienda. Burlándose de la muerte, siguieron operando...

Cuando Taxi recobró el aliento explicó a sus compañeros:

—Yo no me preocupo de la bala que tiene escrito mi nombre. La que me preocupa es esa que le pue- de dar a cualquiera.

Los sacos terreros, que defen- dían el refugio, parecieron gemir y enviaron una fina lluvia de tierra sobre los cascos de los amigos. El sargento Hook abrió la boca y se tapó las orejas. Soose mordió la bo- quilla de la pipa. Todos estaban ca- llados. Hook miró la esfera lumino- sa de su reloj. Era la una y diez minutos.

A las cuatro y veinte de la ma- ñana el cañonco tronaba con igual intensidad. Los nervios estaban de punta. Era muy diferente estarse

quietos allí a luchar en campo abierto. Era una lucha mil veces peor. Los pálidos rostros, ilumina- dos intermitentemente por la brasa de un cigarrillo, estaban ceñudos.

—Nos tiran todo lo que tienen, menos el horno de la cocina—gru- ñó Taxi.

Agacharon la cabeza y entre- abrieron la boca. Una tremenda sa- cudida fué indicio de lo cerca que había pegado el proyectil.

—Ese de ahora debe ser el hor- no—dijo Hook, y sacó un cigarril- lo—. Oye, Chicken, ¿quieres un poco?

El muchacho rechazó el ofreci- miento. Con la cabeza entre las ma- nos lloraba a raudales, y ninguno de aquellos hombres de espíritu atormentado por la espera de la muerte se lo reprochaba.

—Se siente uno tan desamparado frente a eso.. No tenemos nada que nos defienda—dijo Tex.

—Lo peor no es la muerte... Es tener que estar aquí, aguantando esto—exclamó Soose, cuyos ojos brillaban como los de las fieras.

En el hospital de campaña la operación del soldado daba fin. Ha- bía salido milagrosamente indemne del bombardeo... El resto del cam- pamento era ruina y destrucción. De una tienda de campaña, única- mente quedaba un letrero, ironía en

aquellos minutos, en aquellas horas de angustia. Un proyectil lo arrancó. El letrero había servido para escribir: "Hogar, dulce hogar".

—El que diga que no tiene miedo, es un tonto o un embastero— exclamó Hook.

Chicken todavía sollozaba. El sargento le acarició un hombro. Todos tenían en la espalda una especie de frío letal, que acusaba los estampidos con una descarga eléctrica. El padre Donnelly cruzó el campamento y entró en el refugio, diciendo:

—¿Hay sitio por aquí?

Se apretaron y el sacerdote se acomodó al lado de Taxi. El padre Donnelly atascó su pipa y la encendió. Hook, que sufría por sus hombres, cuya desmoralización deseaba evitar, creyó que hablando se disiparía la tensión nerviosa.

—Yo creo que son proyectiles de veinte, ¿no?—preguntó.

—Mayores aún, me parece—contestó el sacerdote—. Se dice que hay un par de acorazados y ocho cruceros a lo largo de la isla de Savo.

—¿Qué tal por ahí arriba?—terció Taxi, recuperando facultades.

—Muy bien. Tenemos unos médicos magníficos. Cuando empezó este zafarrancho, estaba precisamente operando a un chico. Si la

hubieran interrumpido, el paciente se hubiera muerto. ¿Crefis que lo dejaron y se fueron al refugio? Pues no, señor.

—¿Y usted cómo lo sabe, padre? ¿Es que también se quedó allí?—preguntó Tex.

—¿Quién, yo? Naturalmente, tenía que quedarme.

El silencio siguiente, fué el mejor premio que aquellos hombres sencillos pudieron tributar al sacerdote. Era un hombre igual que ellos, joven, fuerte y, sin embargo, siempre estaba en el lugar de más peligro, sin armas, asistiendo a unos y a otros, a amigos y enemigos, cerrándoles los ojos y teniendo una oración para todos. Y era el único que no tenía miedo.

Un alarido creciente y una explosión más rotunda que las anteriores les llenó los ojos de lágrimas. La opresión de su pecho había sido mayor.

—Eso sí que es una bomba—dijo Hook.

—Sí, también tienen tateas sus avioncas. Están planchando literalmente el Campo Henderson.

Los soldados apretaron los dientes. Los aviones zumbaban sobre las palmeras y los graves sonidos de los cataclidos de las bombas se unían al más seco de los cañones de los buques de guerra. Los sacos

terreros no parecían poder resistir ya por más tiempo los impactos de la metralla...

Taxi se limpió el polvo de los ojos y se volvió hacia el sacerdote, aunque no le vió, porque Taxi miraba más allá, mucho más lejos de su vida. Después de otra bomba, suplicó:

—Padre, ¿le molestaría que dijese lo que estoy pensando?

El sacerdote le contempló. La alegría y la energía acostumbradas en Taxi habían dado paso a su verdadera personalidad. Un hombre vigoroso, de mente rectilínea, que sabe lo que quiere y lo dice en sus momentos sublimes.

—Dí lo que quieras, hijo, no te preocupes de mí.

—Verá, yo no sé lo que opinan éstos, pero yo creo que esto es demasiado grande. Creo que para arreglarlo hace falta alguien mucho más grande que yo.

El padre Donnelly le miró un poco sorprendido. Sus amigos le escuchaban atentamente, ávidos de saber tras de este exordio. Taxi añadió:

—Yo no estoy muy fuerte en los rezos; de esto siempre se ocupó mi vieja.

—Sí, lo mismo me pasa a mí—dijo Hook.

Se taparon los oídos, percibiendo

un silbido que aumentaba de volumen al acercarse al refugio con velocidad vertiginosa. Agacharon la cabeza y una neblina de polvo les entró por las narices. Chicken ganó confianza y se acercó al sargento que mascaba maquinalmente. Todos aguardaron a que Taxi, semejante a un oráculo, volviera a hablar.

—Como digo, yo no sé... ya me entiende, las oraciones, las plegarias, todo eso.

Hook asintió con la cabeza. Su capacidad y su cultura eran muy superiores a las de sus subordinados y podía explicar sus pensamientos con más plasticidad, poniéndose a la altura de los cerebros de los demás.

—Ya sé a lo que te refieres, Taxi. Yo rezaba cuando era pequeño... Señor, danos esto; Señor, danos lo otro... haz que gane mi equipo... ¡Jamas en mi vida estuve en un sitio como éste.

La curiosidad del padre Donnelly ante las reacciones de los soldados estaba alerta. Era la hora en que las conciencias se encuentran al desnudo, libres de vanos pudores e insulsas fanfarronerías. ¡Era la verdad!

—Yo no soy un héroe—confesó Taxi sin mirarle—. Soy un hombre... Vine aquí porque había que venir. No me interesan las meda-

Has... Lo que quiero es que esto se acabe pronto y volver a mi casa. Soy como todos los demás y le digo a usted que esto no me gusta...

Tuvo que callar. Otro estampido los ensordeció. Pero Taxi no pareció percibirlo, como tampoco los fragmentos de piedra que chocaban contra su casco. Después continuó:

—Aunque me doy cuenta de que no puedo hacer nada para remediarlo. Yo no puedo decirles a las bombas que no estallen aquí. Como antes dije, eso es cuestión de alguien más grande que yo... más grande que todos...

El padre Donnelly le miró de frente. Taxi estaba muy emocionado por la voz del espíritu inmortal que brotaba por su boca.

—Lo que quiero decir es que... es Dios quien tiene que remediarlo... y que deseo que El sepa cuáles son mis sentimientos... No voy a decir que me arrepiento de todo lo que he hecho. Puede que sí y puede que no.

Hook le lanzó una penetrante mirada. Soose humilló la cabeza y Tex puso una mano en el hombro del mejicano, mientras en un rincón temblaba el perro de Taxi a cada sacudida propinada al refugio por la muerte.

—Cuando se está tan asustado como estamos nosotros, se piensa siempre en cambiar de modo de ser... Yo, si salgo vivo de ésta, probablemente volveré a hacer lo mismo que he hecho hasta ahora...

Se encoró con sus compañeros.

—Por lo tanto, ¿para qué engañarnos? Lo único que sé es que yo no vine aquí por mi gusto. Si aquí acabamos, y me parece que va a ser así, lo único que deseo es que El se dé cuenta de que cumplimos lo mejor que pudimos nuestro deber y que con ello se conforme. Puede que sea esta una manera muy rara de rezar, pero pienso y rezo a la vez.

El padre Donnelly y todos los demás sintieron un gran respeto hacia Taxi, que hundió su barbilla en el pecho y se quedó silencioso. El sacerdote hizo la señal de la Cruz y exclamó:

—Amén.

Soose, Hook, Tex y algún que otro soldado, repitieron el ademán del padre.

—Amén.

Y el símbolo trazado por sus madres en su infancia sobre ellos les consoló mucho más de lo que jamás habían esperado.

* * *

Después de este terrible ataque por mar y por aire, el número de cruces del cementerio de Henderson Field aumentó de una manera espantosa. Los supervivientes, después de restañar las heridas que algunos llevaban sobre sí, atendieron a la nueva y última morada de sus compañeros de armas y se congregaron en el cementerio.

El padre Donnelly, mientras Soose se hincaba de rodillas junto a la última tumba y depositaba sobre ella una palma, se volvió hacia los soldados, capitaneados por Davis, los observó unos momentos y exclamó:

—No olvidaréis fácilmente la visión de vuestros amigos heridos y muertos. Cierto es que hemos matado cinco, seis, o quizá diez enemigos por cada uno de los nuestros; eso dicen las estadísticas; pero yo no puedo pensar en estos muchachos como números en las estadísticas. Para nosotros eran Joe y Jim, Bill, Whith y Alabama...

Hizo frente a las tumbas y trazó

sobre ellas el signo de la Cruz, murmurando:

—¡Que Dios los acoja en su seno!

Soose se puso en pie y se reunió a sus amigos, que se retiraban lentamente del cementerio, meditando las palabras del sacerdote. Chicken y Davis y otros levantaron la cabeza. Se escuchaba el zumbido de numerosos aviones...

Se dispersaron inconscientemente, encaminándose hacia la selva contigua. El rumor de motores no era sólo una simple aprensión, era una realidad. En el cielo azul había un enjambre de ellos, volando en líneas de combate. Los soldados apresuraron su retirada. Hook fué el único que se detuvo a estudiarlos, con la mano convertida en visera.

—Ya están ahí otra vez — gritó Chickens echando a correr.

—Un momento...—ordenó Hook. —Esos no son japoneses... Esos son los nuestros. ¡Esa es nuestra protección aérea!

Ahora ya podía ver sin tropiezo la enafla pintada en las alas de los aviones, que había inducido a Hook, cuya vista era más penetrante, a hacer su afirmación. Los aclamaron saltando como locos y los vitorearon con toda la voz de su garganta. El padre Donnelly levantó los ojos al cielo.

—Gracias a Dios. ¡Al fin!—dijo para sí.

Hook se acercó a Taxi, a quien el inesperado refuerzo había convertido en piedra y le zarandeó entusiasmado.

—Nuestra aviación, Taxi.

—Sí, nuestros aeroplanos — afirmó con incredulidad.

CAPITULO VI

10 DE NOVIEMBRE DE 1942

¿Qué ocurría?, se preguntaban los veteranos, viendo desfilar por entre las calles del campamento a los nuevos soldados, muy limpios y arreglados. Era indudable, puesto que lo tenían delante, que habían llegado más refuerzos. Pero, ¿qué significado tendrían aquellos chicos fanfarrones, ansiosos de pelear, como ellos hacía pocos meses?

Era algo para lo que no había contestación en firme y sólo conjeturas. La cuestión era que los recién llegados inspeccionaban el campamento y comentaban sus descubrimientos. Chicken estaba sen-

tado junto a un irónico letrero que decía: "Cuartel General. Esta noche, baile. Se invita a todo el personal de la Armada y de la Infantería de Marina".

Algunos de los novatos tomaron la "quintada" en serio. El compañero del que había leído en voz alta el cartel, puesto por Taxi y Butch, que estudiaban el efecto producido, le dió un codazo y en seguida afirmó:

—Sí, ya te entiendo, Spike. Habrá que ver la táctica.

Spike se aproximó a Taxi y al sargento de cocina, cuya cara de

una inocencia a prueba de bomba se le antojó bobalicona. Y preguntó con altivez:

—Oye, joven, ¿qué tal la parte femenina de estas islas?

—¿La qué?—tartamudeó Taxi.

—Las relaciones amorosas, estúpido—le piropó Spike.

Taxi se volvió con los ojos muy abiertos hacia Butch y le hizo un guiño.

—Perdone, sargento, ¿qué es eso de relaciones amorosas que dice este caballero?

—Ni la menor idea., —replicó Butch, meneando la cabeza—. Debe ser alguna costumbre muy rara que tengan en los Estados Unidos.

Spike y su amigo pusieron tal cara de consternación, que Taxi sofocó su risa y le aconsejó:

—No rías tanto que reventarás.

Cuatro pilotos atravesaban el campo de aviación para recibir a sus compañeros de armas. Uno de ellos atisbó, detrás de un avión, un tanque de gasolina de gran cabida y se volvió hacia los demás, comunicándoles con un tono sumamente misterioso:

—No miréis para que no se asuste, pero acaba de llegar un camión de gasolina.

—Entonces no tendrán que seguir dándonos la gasolina con cuenta gotas.

—Puede que para Navidad nos vayamos de aquí, según dice Walter Winchell.

—¿Qué Navidad?—inquirió uno de ellos.

Incluso hasta en la cocina, a la hora de comer, los indicios de la llegada de refuerzos se hacían sentir. Soose se hallaba con el sargento Hook, quien envió una mirada de curiosidad a lo que transportaba el mejicano.

—¿Qué, no hay lengua de carnero?—exclamó.

—No, no hay lengua de carnero—le confirmó Soose.

Después se sentó entre Taxi y Tex, procurando no tirar el contenido de su plato lleno hasta los bordes, y supuso:

—Oye, Taxi, ahora a lo mejor nos dan tres comidas diarias, ¿no?

—Debe haber algún error. Esto está muy bueno—dijo Tex, con la boca llena.

—A mí me escama un poco. Cuando empiezan a verse estos lujos, siempre el resultado es el mismo. La Infantería de Marina se va—aseguró Taxi y exhaló un aullido alarmante: ¡Ay!... ¡Está caliente!

Su paladar no estaba acostumbrado a ello.

Terminada la comida, los amigos fueron a dar una vuelta por los

contornos en compañía del padre Donnelly. A cada instante se tenían que hacer a un lado para permitir el paso a los rápidos "jeeps". Últimamente, les rozaron dos en los que iban el coronel Grayson con el coronel Thompson, jefe de las fuerzas llegadas, y los oficiales de su estado mayor. Los soldados se quedaron pensativos y Taxi preguntó:

—¿Qué sera, padre?

—Adivínalo tú, si puedes—rióse el sacerdote.

—No puede ser más que una cosa; cuando nos han dado todo eso por algo será—dijo Hook con intención.

Efectivamente, no se equivocaba ninguno de ellos. Los jefes y oficiales habían ido a reconocer el terreno de operaciones y escuchaban atentamente las explicaciones de Grayson, veterano en aquellos lugares.

—Por lo menos hemos aprendido a no despreciarles, coronel—decía.

—Ya sabemos que no se rinden y que hemos de luchar hasta lo último.

—Pero también sabemos que no son superhombres. Tenaces, nada más—contestó Thompson.

—Les hemos derrotado y les derrotaremos siempre, porque nuestros hombres ya aprendieron a

combatir con sus mañas; eso ha requerido un poco de tiempo, pero creo que ya estamos preparados.

El mismo coronel Grayson fué quien congregó a todos los oficiales ante un mapa desplegado sobre la lona de su tienda. Thompson se encargó de darles las explicaciones necesarias, señalando los parajes en el mapa.

—Aquí está el enemigo, en posiciones muy fuertes, que interceptan el camino. Según nuestros informes, hay unos diez mil. Han reagrupado sus fuerzas, están bien equipados y el terreno les ayuda con tanta selva y tanto río... y además cuevas como las de Tulagi, en las que se escondían los primeros días de nuestra invasión.

Thompson hizo una pausa y añadió:

—No cometamos el error de menospreciarlos. Valen mucho, pero yo creo que nosotros valemos más. Hasta ahora hemos estado a la defensiva, nos hemos portado bien en Matanikau, Tenaru y Bloody Ridge... Pero nuestros éxitos requieren que amplíemos el territorio ocupado; para ello tenemos que hacer tres cosas: la primera, eliminar a los japoneses de la isla; la segunda, eliminar su artillería pesada, que amenaza constantemente nuestros aeródromos y, la tercera,

establecer nuevas bases propias, desde donde podamos atacar sus otras posiciones. Para ello se precisa todo nuestro esfuerzo y creo que la mejor fecha para empezar es la de mañana, diez de noviembre, 163 aniversario de la creación de la Infantería de Marina.

En el campamento, la noche anterior al combate decisivo, unos soldados confesábanse al padre Donnelly para entrar en la lucha con el espíritu bien limpio. Otros, mataban el tiempo cantando y jugando al ajedrez o al poker. Los más, desde el primer jefe hasta el último corneta, escribían a sus familias una carta, que quizá fuese la última. Y a pesar de ello, no había excitación, sino optimismo; reinaba un ambiente de tranquilidad que no turbaba al sacerdote cada vez que absolvía a un muchacho de sus pecados.

El coronel Grayson, después de mirar a los hombres, de los que se enorgullecía, escribió:

—Estos muchachos son magníficos. Estoy orgulloso de mandarlos.

Lo único que puedo decir es que si todos los millones que están preparados en nuestra patria son parecidos a éstos, no hay por qué preocuparse.

Chicken, con su acostumbrada vacilación, trazó sobre el papel:

—Querida mamá: estoy bien y espero que papá y tú estéis tranquilos, porque todo va muy bien, de verdad...

Taxi, a pesar de que sus facciones eran marmóreas, puso de un solo golpe:

—Chica, quizá no esperases volver a saber de mí, pero, sí, sí, te engañé otra vez, porque cuando un caballero como yo dice algo a una dama como tú, eso...

Y el pobre Sammy, el que jamás recibía carta, llenó una cuartilla con las siguientes palabras optimistas:

—Dicen que si los echamos de aquí, nos llevarán con permiso a descansar. Eso quiere decirnos que podría veros para Navidad... ¡Qué alegría!

* * *

En el campamento de Henderson Field los soldados se ponían las cartucheras o daban el último repaso a sus armas, vigilados desde lejos por el sargento Hook. El coronel Grayson acercó su "jeep" a su subordinado, que se cuadró marcialmente, y le preguntó:

—¿Listos, Malone?

—Sí, señor.

—Entonces, en marcha.

El sargento volvió a saludar y formó bocina con sus manos para que su voz alcanzara todos los puntos del campo.

—Vamos, chicos, en marcha... ¡De a dos!... ¡Izquierda, de frente, marchen!

En un abrir y cerrar de ojos, cada cual ocupó su puesto y evolucionaron como ordenaba el sargento, siguiendo el vehículo de su coronel. Davis, Hook, Taxi y Chicken iban a la cabeza, como de costumbre, en línea de marcha.

Finalmente había comenzado la

ofensiva. Las cosas habían cambiado mucho. Los camiones, cargados de hombres, se cruzaban con los veteranos. Los tanques atronaban en los caminos, como grandes monstruos antediluvianos. Los cañones pesados se adelantaban a todos. En el cielo evolucionaban los aparatos espionando el menor movimiento hostil.

El plan de ataque era muy sencilla. Tres destacamentos operarían en él. Uno por la costa, otro por el mar y el tercero a través de la selva. Los que iban por la costa llevaban cañones ligeros y antitanques con los que fijarían al enemigo; los que iban por el mar, desembarcarían muy al oeste y atacarían al enemigo por la retaguardia. El asalto frontal a las posiciones japonesas lo tenían que desencadenar los que atravesaban la selva. Este objetivo correspondía a los aguerridos veteranos.

Sólo había una consigna: ¡atacar, atacar, atacar!

Los veteranos fueron conducidos por Davis y Hook hasta la ribera de un río, que, como era algo alzada, formaba un repecho idóneo para la defensa. Los hombres de la primera compañía se esparcieron a lo largo de él y miraron la orilla opuesta, llena de árboles y de maleza. Más allá, estaba la selva plana como una mesa y plagada de japoneses.

El coronel Grayson y un general estudiaban con unos prismáticos el terreno del adversario, desde una pequeña altura situada a escasos metros de Hook y de Taxi. Este se horrorizó al verlo y exclamó:

—¿No es el general Vandegrift ese que está con el coronel Grayson?

—Sí.

—¿No sabe que es muy peligroso andar por ahí?

—¿Por qué no vas y se lo dices?

Le dejó a solas, con sus temores, para inspeccionar a los soldados. La artillería norteamericana abrió el fuego contra la orilla ocupada por los japoneses, sembrando de acero aquellos parajes, por los que poco más tarde avanzarían los infantes.

A pesar del horrible machaqueo de los obuses, los japoneses avanzaron al encuentro de su enemigo,

entrando en la corriente del río. Las balas de los cañones los diezmaban, pero ellos seguían avanzando insensibles al dolor y a la muerte. Habían sobrepasado la mitad del río, cuando los veteranos accionaron el disparador de sus armas... Resonó el seco estampido de la ametralladora y fragor de la fusilería. Los escasos japoneses supervivientes retrocedieron.

¡Empezó el ataque norteamericano!

Como un alud, saltó el capitán Davis con su pistola ametralladora pegada al brazo derecho. Sus hombres entraron, siguiendo su ejemplo, en el río y poco más tarde escalaban el talud desertado por los japoneses, saliendo a una breve llanura, al final de la cual comenzaba la selva.

Las balsas japonesas se saciaron en el cuerpo de los norteamericanos, pero no les hicieron vacilar. Davis corría con la agilidad de un galgo y disparó su pistola ametralladora contra los servidores de un mortero. Hook y sus hombres llegaron a la primera línea de resistencia, una trinchera en la que varias compañías de japoneses se habían hecho fuertes.

Tronaron las pistolas ametralladoras y limpiaron de enemigos el lugar por donde tenían que pasar

Davis y Hook, que, sin preocuparse de sus hombres, prosiguieron adelantándose. Pero los veteranos no los necesitaban. Arremetieron a bayoneta calada contra los japoneses y, tras de unos breves segundos de lucha, pudieron continuar corriendo.

No obstante, no era muy fácil, porque los nipones emboscados en la copa de los árboles les causaban muchas bajas. Entonces entraron en acción los tanques, respaldando a la infantería. Arremetían contra las palmeras y las partían en dos enviando a su fruto humano contra el suelo; entraban en los huecos de los obuses y aplastaban a sus defensores; cuando la maleza era muy espesa, disparaban sus cañones y la destrozaban, abriendo unas sendas que emplearían las tropas de ocupación.

Soose estaba en la gloria. ¡Aquello era vida! Se metió en un nido de ametralladora. Mató a dos japoneses con su mortífera arma y bendió el cráneo de otro con un culatazo. El que quedó se dio a la fuga y Soose le persiguió. El japonés perdió su machete sin darse cuenta y el mejicano le gritó:

—Oye, japonés, te olvidaste de una cosa...

Se agachó, recogió el machete y lo arrojó por los aires, haciéndolo

silbar antes de que se clavase hasta la mitad en la espalda de su enemigo, que cayó con un gemido. Soose se rió de su ocurrencia y comentó:

—Se olvidó de una cosa... Es gracioso...

Un nipón emboscado en la copa de un árbol le atravesó el corazón de un balazo. Chicken, que iba detrás del mejicano, hizo fuego contra el cobarde agresor con estupenda puntería. Mas al agacharse para atender a su amigo, sonó un disparo y el muchacho cayó al suelo inerte...

Unos japoneses rezagados se acercaron al cuerpo de los dos amigos. Pincharon el de Soose e hicieron dar una vuelta con el acero al de Chicken. Uno de ellos dijo unas palabras en su susurrante idioma y echaron a andar. Entonces, Chicken se levantó de un salto, cogió la pistola ametralladora de Soose y la vació sobre ellos, exterminándolos.

—Eso lo aprendí de ti, Tojo— se rió.

Davis, Hook y Taxi no estaban ya muy lejos de la playa. Hook rodeó a los servidores de una ametralladora, mientras Davis mataba a dos japoneses sin tomar la molestia de detenerse, y los pilló por la espalda. En un santiamén les envió a

reunirse con sus antepasados y fué se con el capitán.

No así Taxi, porque había descubierto una cosa muy importante: a un japonés vuelto de espaldas. Con mucha fiema, apoyó su fusil en un árbol, se desabrochó un bolsillo, sacó de él el rompecabezas, quitó el casco al japonés y le atizó un

golpetazo. Luego, sin inmutarse, tornó a correr.

Los japoneses fueron empujados por los tanques y los soldados hasta la playa, entrando en compacto grupo en el océano, cuyas olas les zarandearon, mientras los norteamericanos disparaban y disparaban.

* * *

Chicken, Hook, Taxi y los veteranos que restaban, leían el boletín inserto en un tablón. Era el 10 de noviembre de 1942. Su último día en la isla. Había llegado la orden de que fueran a descansar.

En el hospital de campaña lleno de heridos, el padre Donnelly, semiincorporado en una camilla, sobre la que descansaba una de sus piernas, lacerada por la metralla, leía el boletín para todos los soldados, pero especialmente para Sammy, que, con los ojos vendados, le escuchaba sonriente. Estaba ciego. No obstante, sonreía, sonreía...

—Es del almirante W. F. Halsey —le dijo el sacerdote—. Coman-

dante Jefe de la Flota⁸ del Pacífico Meridional, de la Flota del Pacífico de los Estados Unidos... Dice: "Nunca a través de la gloriosa historia de la Infantería de Marina, habéis realizado mayores proezas, ni han sido mayores vuestros sufrimientos. Vuestro indomable valor y vuestra tenacidad han forjado en vosotros un espíritu combativo que ha vencido todas las dificultades y ha derrotado a un enemigo hábil y astuto. Ningún jefe podría pedir más de lo que vosotros habéis dado y estáis dispuestos a dar a cualquier hora y a cualquier instante. Vuestro celo y vuestros hechos han dejado una vez más en el lugar al-

tísimo que le corresponde a la Marina, que coadyuva a nuestra inevitable victoria, y estímulo y emulación para todo americano que combate en cualquiera de los frentes de guerra. Hoy, más que nunca, la Marina está justamente orgullosa de vosotros. En reconocimiento de lo que tan soberbiamente habéis realizado y sabiendo que seguiréis cosechando éxitos hasta la victoria, os decimos solamente: ¡Que Dios os bendiga!"

El día de la marcha de la Infantería de Marina, que iba a disfrutar un permiso bien ganado, tropas del Ejército regular desembarcaban en Guadalcanal. Los aviones volaban sobre los que se iban y los que llegaban, dándoles el adiós y la bienvenida. Los veteranos saludaban a sus desconocidos compañe-

ros. Grayson y Davis marchaban a la cabeza sonrientes y apesadumbrados a la vez.

—¡Vaya! ¡Al fin, la barba!—suspiró Chicken tocándose el mentón.

Un soldado de los que llegaban, hizo un saludo a los amigos y preguntó:

—¡Eh, amigo! ¿Qué tal se está aquí?

—No se está mal, hijo—le respondió el sargento.

—Nos veremos en la próxima—se despidió el preguntón.

—Eso es—aprobó Taxi—. Allí estaremos, esperándoos a vosotros.

Los pies que pisaban por última vez la playa, salpicaron de arena húmeda un cartel clavado en ella. Algún héroe desconocido había escrito:

"A Tokio, 5.480 kilómetros."

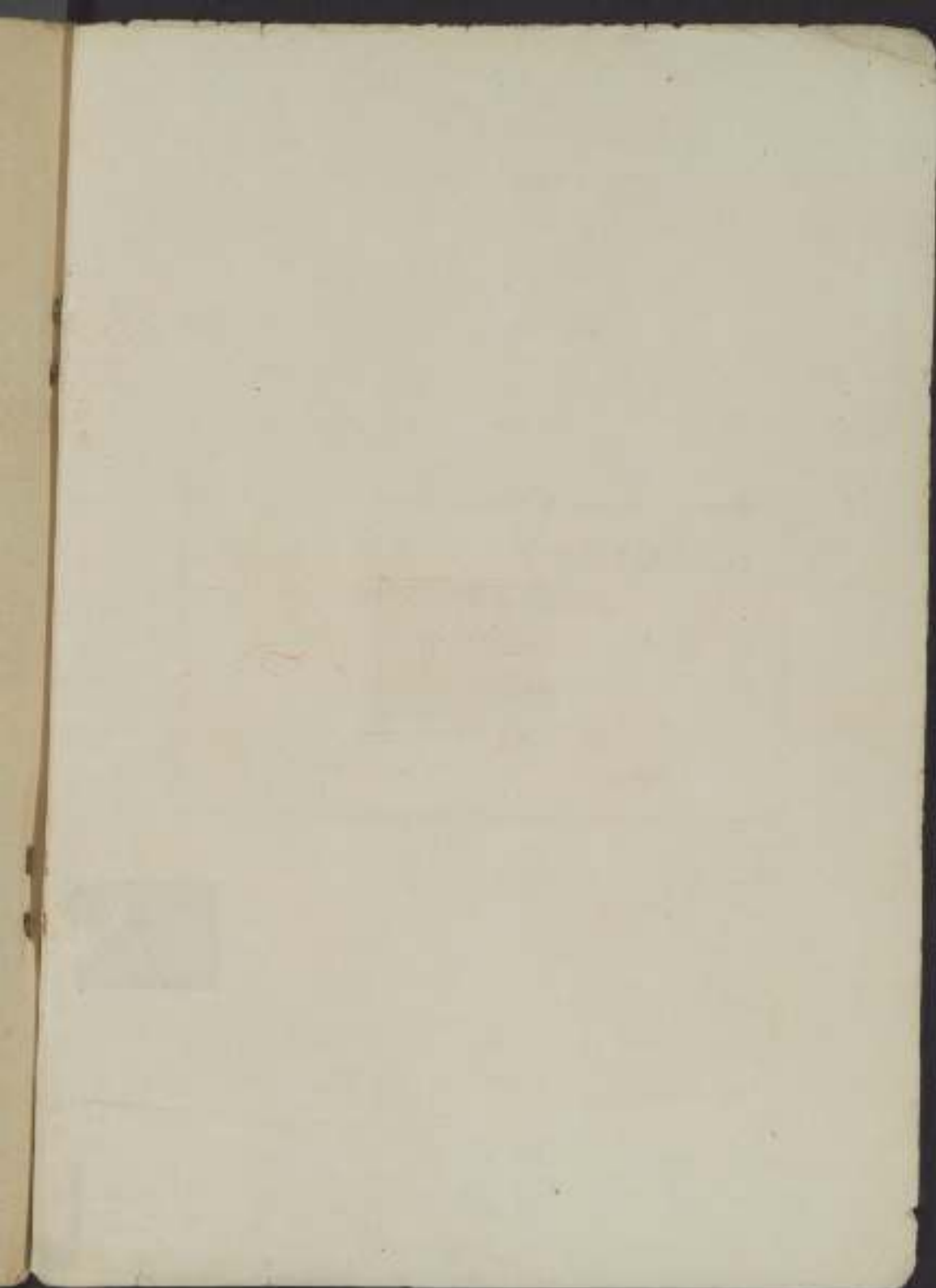


EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - Barcelona





Cubierta. Imp. M. FELICES

Muntaner, 111. Teléfano 75132